

LETRAS O&VAJES

Revista de Literatura, Arte y Pensamiento de alta velocidad

ISSN 2638-9711

Editor:
Alberto Martínez-Márquez

34

LETRAS SALVAJES

Número 34, 2023

Foto de portada y contraportada: Alberto Martínez-Márquez

Foto de Thereza Cristina Roque de Motta; Vitor Vogel. :

Composición y diseño: Nasón Purim y Max Ilión

Cuidado de la edición: Alberto Martínez-Márquez

Logo: Iván Figueroa Luciano

Esta revista puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o a través de cualquier medio electrónico, mecánico, copia fotostática, grabación u otros métodos que permitan su libre difusión y consumo.

Esta revista no recibe subvenciones algunas de individuos ni de agencias de gobierno, alianzas público-privadas o entidades corporativas nacionales o transnacionales.

LETRAS SALVAJES es una publicación sin fines de lucro, que se rige por la libre economía de la koinonía.

Copyleft © 2023



Favor de dirigir sus colaboraciones al correo-e:
revistaetrassalvajes@gmail.com

Para envío de libros, revistas, cd-roms, dvds o cualquier otro material apalabrado o audiovisual, favor de escribir a la siguiente dirección:

Alberto Martínez-Márquez, Editor
Letras Salvajes
3631 Villas Sotomayor
San Antonio, Puerto Rico 00690

ÍNDICE

3 FOTOS DE ABBAS ATTAR

11 SÍLABAS DEL BOSCAJE

13 ALINE DONIZ

19 JOSÉ PARÉS

24 ISBEL HERNÁNDEZ

29 ANA IGREANNE COLÓN

36 MIGUEL AYALA

45 MÓNICA MIGUEL FRANCO

47 NINGSKA PEÑARANDA

57 ISIS AQUINO

64 ESTHELA CALDERÓN

73 DANIEL RIVERA PENA

76 PINTURAS DE ADOLF HERBST

97 GRAFEMAS PARA CANÍBALES

99 THEREZA CHRISTINA ROQUE DA MOTTA

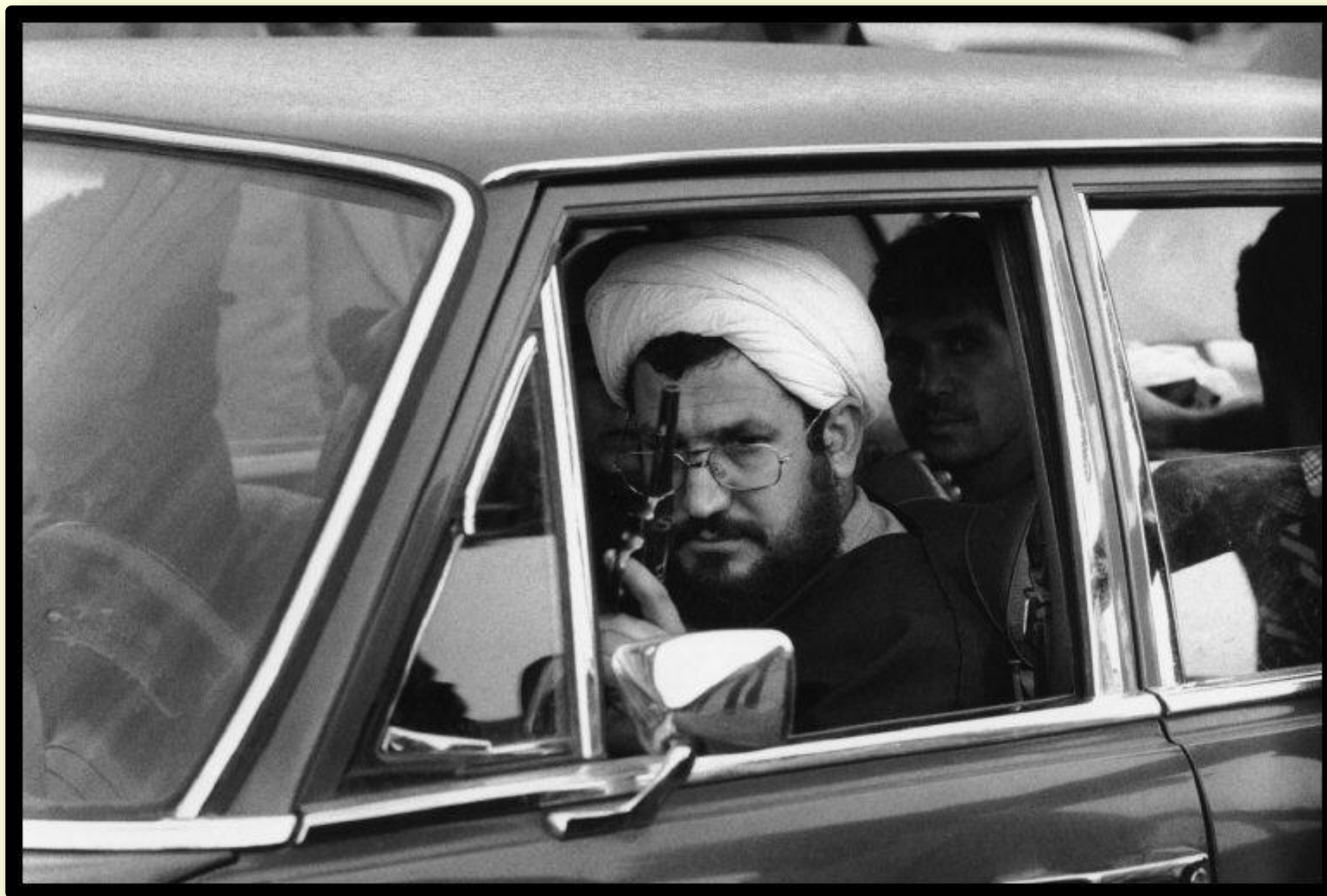
101 FOTOS DE ALBERTO MARTÍNEZ-MÁRQUEZ

113 BESTIARIUM

Abbas Altar

















[Sílabas del bosque]



Aline Doniz

Soliloquio en fase REM

Apenas abría los ojos con un puñado de lagañas y sobresaltos matutinos. Me acomodé sobre el costado izquierdo de mi cuerpo, con la mirada absorta y los pensamientos obstruidos.

Soñé que los mataba a todos: a los corredores de bolsas, a los buenos, a los raros, al presidente, a las viudas en duelo, a los padres de hijos sanos, a quienes me han amado, a quienes me han dolido. Cada uno fue exterminado, quedando en mis manos la sangre fresca de un sueño roído.

Jugué a ser el dios de la guerra y la miseria, la hambruna y la muerte. Poco me importó la súplica de sus almas y la palpitante aorta entre mis dientes. «Este es mi sueño y no el de otro, esta es mi venganza» pensé casi como parte de una doble consciencia. Acuné la maldad en su estado más puro. Obnubilar la ética, destrozar la última ternura, doblar la esquina de esta paz que me habla.

Qué fui yo sino el Leviatán del presente. Monstruo en el centro del vacío con la protervia como único gobierno para los ingobernables. No ha quedado un solo corazón vivo en la Tierra.

Respiro y la verdad flota hacia una nueva dirección: hemos sido, uno a uno, los culpables. No hay suspiro humano en la profundidad, que no haya convocado a la desdicha del mundo.

Despierto. Mañana me sentiré peor.

Kenquane

Y no quiero otras manos, más que las manos de los hombres negros. Debí nacer negra, para crecer entre los hombres negros y no tener amantes blancos, tornasoles, ni azules, ni apenas visibles. Me atraviesa la lumbré de una daga incandescente. Gruesos labios que palpan la entrada de mi averno.

Supliqué en la hora solitaria, abrupta de aburrimiento, el deseo más turgente; lo hallé en un hombre negro. Probé cuanto dulzor y menta vaciaba en el olimpo. Lamí África meridional hasta alzar un canto hacia la espesura de la selva y madrugar de frente hacia los ojos de un dios furtivo.

Es menester de mi camino pulir el corazón de las cosas, mi verdadera vocación, entre los hombres negros, hombres libres, hombres vivos.

Sesión 7

Mi terapeuta dice que estaría mejor, más en mi sitio, si soltara de una vez por todas esas angustias del pasado, si les diera el porvenir de una causa justa como, por ejemplo, perdonar mis desaciertos y cortar expectativas. Respondo que no sé hacerlo, que mi anzuelo para anclarme al mundo ha sido el remedo de lo que no pudo ser.

Quedan quince minutos y los desaprovecho contando por décima vez aquella experiencia de cuando el sujeto-objeto de mi antiguo deseo, pactaba sus anhelos de quererme, incluso adorarme si es posible, aun y con el despertar de mis sombras. No le creí, por supuesto, pero la mentira es mejor que el abandono. Prosigo:

A quién daría este dolor sino al último orgasmo en manos del amante que, con palabra desnuda, prometió compartirlo todo, a destiempo. Se fue para siempre y yo, que de humana peco hasta la muerte, me puse muy triste, tan triste que arremetió mi hermosura gravemente: los ojos hinchados, labios torcidos, la calentura de sus muslos después del trabajo y una melancolía que no lograba llenar ni con los recuerditos de la primera infancia.

Mi terapeuta que está más loco que yo, y ya es decir mucho, me escuchó detenidamente y me pidió que siguiéramos con lo mismo las sesiones que fueran necesarias, hasta no poder más de cansancio o aburrimiento.

No sabe lo que le espera cuando le cuente todas las veces que asesiné a alguien en mi mente en nombre del amor. Supongo que voy mejorando.

Visita Ciudad de México

Tendría unos seis o siete años, cabello a rapa, zapatos carcomidos, piel de manchas blanquecinas y amoratadas, hipo más de resignación que de hambre. Acompañado de quien parecía ser su madre, tomaba su pequeña mano como si perderse en la muchedumbre fuera castigo peor que la pobreza de su alma. Mira hacia ambos lados del andén del metro esperando un no sé qué de ese martes por la noche. Hace frío y los hoyuelos de su intento de playera hacen lo posible por amortiguarle los vientos que no consuelan cinco pesos de pasaje. Se abren las puertas del tren y entramos en estampida, uno a uno, como si dentro se conjugara una gran plasta de sentires y estupores. La gran cara del vertedero de la espera.

Casi pierdo de vista al par. Ahí está ella, cabeceando los sueños en una esquina, enfrente él, mirando por la ventana la entrada de la cámara de diputados. ¿Sabrá algún día que ahí se decide si mañana tendrán que pedir más dinero para volver a abordar la misma estación y viajar hacia ningún lado? La realidad suele ser más pesada que la carga promedio de un convoy en uso.

Creo que no volveré a verles, al menos no hoy, en esta ruta.

De Brasil y otros romances

Quise decir intimidad cuando en un acto cuasi religioso, de empírea pasión, te confesé lo que traigo dentro y que me mata. Tú me matas, por ejemplo, cuando al bajar el día nos hundimos en el amor y nos tropezamos con las palabras, los idiomas, los fonemas. Tus canciones guitarrescas que son, ahora, mías a medias, con las que lloro después de llorar cuando tu voz me penetra tiernamente.

Quise decir preludio al instante en que sonreíste a la nada —a mí tal vez— y los prados del mundo se regaron, uno a uno, con tu vasta alegría. Venero el ritmo de tu ser.

Quise decir "ven conmigo", al escribirte estas breves líneas como quien escribe para alguien con el que mucho sueña.

Mejor veneno que olvido

Yacía su cuerpecito vagabundo y maltrecho a la mitad de la calle. Mugrienta desde la punta de la cola hasta la nidada que la vio crecer. Basta con imaginarse —proyectarse acaso— un destino más cruel que vivir y morir a causa de la plaga madre, esa que paga impuestos.

Compasión tuve por ella, sin funeral, sin duelo, sin padres que le den cristiana sepultura; dejar un par de amigos que hablen bien de uno. Nimiedades humanas.

Murió bien muerta, como mueren las ratas de alcantarilla; los dientes a la defensiva, los pelos llenos de hollín y el estigma del horror y la rabia, más lo primero que lo segundo.

En el baúl de las pequeñas verdades

No sé empezar los poemas
O rematarlos
Ganar una discusión
Besar sin darlo todo
Ser impecable en mi persona
A veces quisiera hacerme la loca
Para que lo humano me fuera ajeno
Haberme enterado antes
Que 'poesía no eres tú'
Ni siquiera en el absurdo
Que poesía es la contraparte
A ese algo que sosiega la carne

Vocablo sin orillas que
Si no se practica, se olvida
Se afloja, se pudre
Si tan solo alguien me habría advertido
La gran cagada de soñar tan alto
Cómo el querer no es poder
Sino apenas una onza de suerte
Y es entonces cuando afirmo
Con pulmón al viento medio
En nombre de mi apología libertina
Que suerte, suerte en serio
Es lograr despedirse
De los que uno ama

Pasa-tiempo

Y no pasa nada
Qué más da si no vuelves
Si, por ejemplo, abro surcos en el cielo
Hasta donde mi voz te toque
Con toda su furia y gloria
O de buenas a primeras
Transcurro en espacio y tiempo
Vacía, pero con ganas
Leal hasta los huesos

Arquetipo del amor
Y es que, aquí no pasa nada
Aunque pasaras a lo lejos
Con un brillo poderoso

Fugaz entre amapolas
Pasa el viento, la marea
La bala en el pecho de mi patria
Patria de tres colores,
luctuosos todos ellos
Incluso mi cólera expectante
Que más que cólera,
Es pesar de pesares
Ya no me hallo en este cuerpo
Que bien amaste sin rabietas
Conocido y esperado
Tuyo siempre, mío a veces
Quisiera decir que no pasa nada
Porque la tarde está tranquila
Porque mi perro no ha ladrado
Porque respiro todavía
Pero, pasa todo
Eres todo, por ahora.

José Parés

Logogrifo

Creo que por fin llegó el turno de caminar por el desierto que ya otros han recorrido. Esta vez, lo que yo vi fue un hermoso edificio de bellas columnas y cimientos como el calor que lo envolvía. Una gran multitud de personas, como abejas alrededor de un panal ahumado, se dejaban azotar por la intemperie. No comprendía cómo podían permitir que el sol les ampollara la piel, pudiendo impedir la inclemencia con sólo ocupar la enorme construcción. Me fui acercando al abejero y, ya que estuve a tiro de ojo, descubrí algo más insólito aún. Todos los que aplanaban las arenas calientes con sus pies descalzos eran: o ciegos, o tuertos, o cojos, o bizcos, o sordos, o mancos, o mudos, o les faltaba una oreja, o un diente, y algunos estaban aparentemente intactos.

Se aglomeraban unos contra otros como ganado, buscando la sombra de un árbol enjuto que crecía a un costado del edificio. Se turnaban, a ratos iguales, de sombra dividida entre muchos, y organizadamente disfrutaban la sombra tuberculosa del árbol tísico.

Y pregunté, —¿Están locos? ¿Cómo pueden asarse así, desperdiciando el frescor de la hermosa mole?

Me contestó un coro griego con caras sucias de arena.

—Éramos tan felices cuando vivíamos en su interior. Como él, nos sentíamos bellos y perfectos, y para no pros

tituir nuestro santuario, dictamos una ley irrevocabilísima de expulsión de todo lo imperfecto.

En nuestro bien intencionado celo fuimos descubriendo que todos éramos imperfectos y que nuestro bello edificio quedó desierto y el desierto ocupado.

Después de escuchar sus palabras con ampollas, proseguí mi monocaravana mientras se barajaban debajo del árbol, sin poder hallar solución a situación tan difícil.

Los cuervos

Llegaron los cuervos. Con ellos murió la felicidad en el desierto. Llegaron como un gran velo que cubría el cielo. Contaban millones. Sus ojos eran de oro y el plumaje lustroso relucía espejazos de petróleo crudo. Con sus picos de carbón nos echaron del oasis, persiguiéndonos como a cucarachas y obligándonos a zambullirnos en las arenas para no perecer perforados.

¡Cuántos años vividos en el fondo negro del mar de arena! No podíamos ya disfrutar del sol, vida que abrasa. Éramos los seres más infelices del desierto. Nuestros ojos hambrientos de luz se fueron muriendo como un músculo aprisionado. En la candente silícica nos movíamos con di-

ficultades colosales en pos de humedad para no morir deshidratados. Nos sustentábamos de raíces duras, que crecían hacia abajo como barbas de profeta, y de alacranes amargos que cazábamos en el subsuelo.

Los cuervos en la superficie, disfrutaban de todas las bondades del astro y devoraban el oasis que con tanta arduidad habíamos arrancado al desierto sin hacer el menor esfuerzo para perpetuarlo. Solamente comían y destruían.

El oasis perecería. Desaparecería si alguien no oba a rescatarlo de las fauces negras. Nadie se atrevía a enfrentarse a los cuervos. ¡Eran tantos! Se multiplicaban como amibas y cualquier intento nuestro por rescatar el oasis se estrellaía infructuoso. ¿Pero acaso no moriríamos de igual modo antes o después que el oasis? Ante esta alternativa, nos decidimos a la lucha.

En una gran mole humana que levantó una montaña e arena, resolvimos pues, desenterrarnos para luchar por nuestro oasis usurpado. Sacamos las cabezas empolvadas por la escarcha seca y candente. El sol ardía en su mayor magnitud y el peso de los rayos solares hacía estallar nuestros ojos, por tanto tiempo de tinieblas. Un dolor de muerte nos arrancaba gemidos como carne desgarrada del cuerpo..., pero no volvimos abajo. Nuestra decisión era definitiva. Permaneceríamos erguidos con la cara al sol para morir de frete a él, antes de volver a enterrarnos. Un desmayo nos barrió a todos y eran nuestras cabezas fuera de la arena una enorme hortaliza de repollos secos. No sé cuántas horas, días o años duró nuestra inconciencia. Poco a poco recuperamos. Nuestras cabezas desmayadas intentaron abrir los ojos. La vista no se había perdido. ¡Podíamos ver! Pero qué raro, todo era rojo, rojo, como los deste

llos de una rara joya. Tal vez fuera el efecto de los rayos solares sobre el lente óptico probablemente destruido casi en su totalidad. Nuestros párpados ardían y en su relampagueo el desierto centelleaba.

Comenzamos a subir, creciendo como plantas, hasta pararnos sobre las olas de arena. Corrimos al ataque en una estampida sin freno, de muertos resucitados que iban a morir dos veces.

Los bárbaros gritos avisaron a los cuervos, quienes se remontaron con rapidez increíble hasta el sol. El batir de sus alas eran truenos que anunciaban la amenazante avalancha negra que en forma de lustrosa nube que graznaba desafío, se nos venía encima con grandes picos filosos que pulverizaban nuestros cráneos.

El sol brillaba más, más. Afincamos los pies en el polvo seco. Los ojos grandes. Desorbitados. El sol nos cegaba. Yodo era rojo. La nube era negra. Inmutables, les clavamos nuestra mirada, que salía esperando la muerte. Mirada decidida sin temores. Esto les detuvo. Cierto. Los cuervos huían mordidos por un terror espantoso. La nube se dispersaba como el estallido de una granada. Los graznidos atronadores se fueron perdiendo en el grueso manto caliente hasta quedar sólo de un espejismo negro que se esfumó como niebla.

Empolvados en la mayor alegría corrimos, levantando remolinos que nos cargaron hasta el oasis. Exhaustos, llegamos a la cuenca de agua fresca. La lengua seca como barro. Medio asfixiados de tanto beber, quedamos inmóviles mirando al fondo de la vida. Su reflejo nos dijo que no teníamos ojos ninguno de nosotros.

Los piojos

Una tarde después de un baño impúdico, y todavía en una nube de talco, salí apresurado a vestirme. Llegaría tarde, sin duda. La invitación era para las ocho y eran las siete y media. ¡Los búlgaros son tan puntuales! ¿Por qué estaría la embajada búlgara sobre una casa-remolque? Todas las demás embajadas están fijas sobre la tierra, solamente la búlgara cambia de lugar cada media hora. Por esta razón, tendría que detener el auto en cada esquina para preguntar a algún voluntario si había visto pasar una embajada en una casa-remolque. ¡No llegaría nunca!

¡Nuevo problema! ¿Qué traje ponerme? Nunca sabía cómo ir vestido a la embajada búlgara. “Ya sé, luciré mi traje gris.” Siempre he ido a las otras embajadas vestido de gris. Es muy elegante y, además, es el único que poseo. Si fuese un niño, podría ir en una nube de talco. La embajada búlgara sería un lugar muy apropiado para un niño en una nube de talco.

Abrí el escaparate buscando mi traje gris, pero no pude hallarlo allí. En su interior había un hombre escondido. Estaba en cuclillas. Me pareció lo más natural. Cerré la puerta y me dirigí al clóset. Tampoco estaba el traje gris, pero había dos hombres. Esta vez, se hallaban de pie. Hombre en el escaparate. Hombres en el clóset. ¿Quiénes eran, de dónde procedían? También cerré esta puerta y caminé por la habitación buscando el traje. Al pasar junto a la cama, sentí una zancadilla. Era una pierna de hombre que salía de debajo y se trenzaba con las mías. Detrás de la puerta, otro hombre. Detrás de las cortinas, tres hombres.

Corría a la cocina, más hombres. Regresé al cuarto y hombres salían de todas partes hasta rodearme. ¿Quiénes eran estos hombres y qué querían? ¿Serían espías?; pues tenían cuatro ojos y manos gigantescas y orejas ovaladas como bandejas de mesa.

Uno de los hombres me pidió le mostrara mi pasaporte. Los otros lo imitaron en coro. Parecía un rosario. Esto se repitió varias veces como letanías, hasta que, al final del rosario, pude darme cuenta de que querían mi pasaporte. Corría al escaparate a buscarlo y, abriendo la gaveta en que se encontraba, lo tomé. Aún me encontraba desnudo y el hombre que se hallaba en cuchillas dentro del escaparate, me cortó los testículos con unas grandes tijeras de piquitos. Esta acción me molestó a tal extremo que lancé el pasaporte a la cara del hombre que dirigía el rosario. Lo recogió del suelo y hojeándolo, pudo constatar que yo era extranjero. Ante este descubrimiento impotente, los hombres se fueron desvaneciendo y las paredes temblaron como un terremoto, Poco a poco se empezaron a juntar, cerrándose hacia mí.

¡Llegaría tarde a la embajada! Tal vez ni siquiera llegaría. Además, sin testículos no se puede ir a la embajada búlgara. Inútilmente trataba de detener las paredes, corriendo de una a otra. Se acercaron tanto que ya ni correr podía.

Cuando ya me apretaban hasta inmovilizarme por completo, desistí de ir a la embajada búlgara. Obligados por las paredes, mis huesos comenzaron a crujir. Me faltaba el aire. El pecho no tenía más espacio para dilatarse y me fui desinflando al compás de un sonido de galletas secas que se rompen. Antes de extinguirme por completo,

mi último recuerdo fue el de mi madre sacándome los piojos, cuando era niño, y reventándolos entre sus uñas pulgares.

La batuta

Siempre quise ser director de orquesta. Mis padres, muy pobres, no pudieron darme una carrera. Fui a la escuela de cuando en cuando y obtuve una educación a plazos. Pero no creo que esto sea impedimento para ser director de orquesta, ya que lo esencial es tener una gran soltura en las manos y, sobre todo, poseer una buena batuta. Me he comprado una. Es tan liviana que apenas se siente entre los dedos. Como soy zurdo, la utilizo en la mano izquierda. Ya he practicado varios meses. El movimiento me fluye tan suave como al mejor maestro de renombre, y los “stacattos, legattos y ritordandos” son verdaderos poemas en mis manos.

Como no tengo a quién dirigir, he contratado a veinte músicos retirados para no tener que pagarles mucho, ya que, como dije antes soy muy pobre. Nuestros primeros conciertos no eran muy buenos. Tocábamos en las esquinas de mayor movimiento. Nadie se detenía a escucharnos. Solamente algunos gatos y perros callejeros (algunos con “pedigree”), nos miraban con miradas extasiadas. Esto es lo principal, el público. Esta es, a fin de cuentas, el que determina el valor de un artista o lo envía al fracaso si lo tiene merecido.

Pasaron años. La batuta fue ganando en maestría. Se movía sin que tuviera que realizar el menor esfuerzo. Pa-

recía adivinar mis pensamientos. La orquesta fue creciendo. No sólo los músicos integraban la orquesta. Había personas que no sabía ejecutar ningún instrumento, pero que obedecían, de igual modo, a la batuta. Hacían cualquier cosa que supieran hacer. Había zapateros que con su martilleo podían lograr un ritmo sincopado, capaz de competir con las palmas de los gitanos más rancios. Cocineras, que en un perfecto unísono podían tapar y destapar ollas y calderos, arrancando los más bellos sonidos metálicos. También lavanderas que, a subir y bajar de la batuta, rasgaban tablas de lavar con gruesas telas lavables. Podían competir con el más virtuoso arpista.

Uno de los solistas principales era un viejo soplador de botellas. Poseía un “fiatto” capaz de extinguir un incendio. Fue en unas fiestas de carnaval, que mientras dábamos un concierto, la batuta ordenó al viejo un calderón. El viejo soplabla aquel cristal rojo como si quisiera inflar el globo terráqueo. La batuta, detenida en el calderón, se obstinaba con más resolución. El viejo soplabla. La batuta quieta. La pompa de cristal crecía. El público ovacionaba. El calderón se inmutaba más. ¡Era una verdadera obra maestra! ¡Qué joya! Mi emoción crecía a la par que la pompa. El viejo se consumía. Mi mano izquierda hizo un esfuerzo por mover la batuta y así decapitar al testarudo calderón. Fue inútil, no me obedeció. El viejo ya era una envoltura vacía, pero soplabla. ¡Qué gran artista! ¡Primero la función! No dejó de soplar hasta que desapareció totalmente. La batuta decidió que éste debía ser el final del concierto; ya cualquier otra intervención instrumental sería en detrimento de la obra, tras el clímax perfectamente encumbrado que había logrado crear la consunción del viejo. Saltó de mi mano y de

un solo movimiento binario, rompió la pompa, Mil pedazos del confeti cristalino resolvieron la obra. El público aplaudía.

Estas maravillas que realizaba mi batuta fueron responsables de que la orquesta creciera de tal forma que ya era imposible actuar en la ciudad. Teníamos que trabajar en

campos y llanos para dar cabida a miles de maestros. Todos obedecían a la batuta que, sabiamente, hacía de cada uno un virtuoso.

Viendo que ya no hay uso para mí en la orquesta, he decidido irme lejos y comprar otra batuta. La anterior ya sabe más música que yo.



Solista al piano y coro por Raoul Dufy (1877-1953)

Isbel Hernández

Chica de Armenia

I.

No soy la chica de Armenia,
nací para los que piensan
en el regreso
y en el no retorno.
Lo que importa es el sostén
de seda, seda,
tirado en la esquina
por el rincón, rincón.
Ahora me voy de España.
Quisiera ser la gran chica
de Calabria.
Pero no soy de Calabria
y viene Lorca gitano,
y se va Lorca moreno.
Dejo que pasen
las culebras moribundas
por mis sostenes egipcios,
sobre una brazada,
caliente de zigzags.

II

Llevo faldas
de chica pandemónium
que sacan del exilio
y la rodean de caballos
exciliados.

¡Caballos!

¡Caballos trotan en mí.

¿Dónde guardarán
sus pies las arañas
del sol?

¿Puede pararse usted
sin ayuda de nadie?

¡Niña Pandemónium!

¡Chica Imothep!

¡Barranca sin fin;

¡Barranca sin Dios!

III

¡Giran giran giran
los coyotes!

Nací en Armenia,
en Armenia,
morning and night.

Trabajo cada mes
por la espuma que derrama
la vergüenza.

El país no es un país,
las chiquillas del mundo,
mañana, mañana
recaudarán fondos,
ensuciarán ropas.
Y tú dirás.
Nací, nací...
Morí Morí...
En Armenia, en Armenia.
donde recaudan fondos.

VI

El país no es un país.
Las Ushutas del Perú.
Lástima, cuán lejos.
¡Chanclas para el día
de los reyes!
¡Chanclas para el día
de los santos!
En Armenia, en Armenia,
no serás, no serás,
una chica tan lista
sino sabes cargar
los grandes costales
y hacer maldeojos.
Y colgarán tus pies.
Y colgarán tu cabeza.
En Armenia, en Armenia.

V

Alfalfa, tierra,
duna, nopal, weekend,
Carbón, arboleda, neblina.
¡Niña Imotehp!
¡Niña Pandemónium!
Yo soy la chica de Armenia
parpadeo de continuo
en la mole de cazuelas.
Compro terrenos
de maíz para tortilla.
Alfalfa, tierra,
duna, nopal, weekend,
carbón, arboleda, neblina.
¡Niña Imothehp!
¡Niña Pandemónium!

VI

No te lleves
tus magníficas caderas
color medioevo.
Nunca te las lleves
al exilio.
Nunca te las lleves
al dolor.
Nunca te las lleves
al olvido.

El día menos pensado,
habrán escobas
pero ya, no quedarán
cenizas.
Ni pueblos cercanos.
Ni pueblos indígenas.
Ni pueblos
a donde vayan zorros.

VII

Porque es ahora el granizo
en Armenia,
los terremotos en Armenia.
Las vacas ordeñadas
para llegar a mayo
sin quebradas.
De seguro solo morirá
aquella sacerdotisa.
Aquella mujer prudente
que huyó y no huyó.
¡Sólo Armenia!
¡Sólo Armenia!
Para chupar tu corazón.
Tú corazón de burro.

Ana Loreanne Colón

Tierra nueva

*A ti, que volviste al mar para hacerte espuma.
A ti, que te consumió la espera y te abofeteó la verdad.
A ti, que quedaste sola en medio de la inmensidad,
entre lo desconocido y lo eterno... entre tú y tú.*

Fui la primera en dejar el rastro de sangre de mis pies heridos por la ausencia. La primera en bajarme de la pequeña embarcación. Supe que estábamos en aguas de Puerto Rico cuando el motor, mohoso y remendado, de la lancha dejó de oírse.

—Ahora, naden y lleguen a tierra firme —escuché decir al guía, mientras observaba atónita la orilla que todavía estaba lejos.

Me sentía un poco mareada. El viaje fue largo y tenía el estómago descompuesto. Saqué fuerzas, me levanté de la madera mojada y metí los pies en el agua. Todavía no había amanecido por completo, pero ya estaba templada, así que no lo pensé más y me lancé.

La piel se me erizó. El cambio de temperatura me impartió las fuerzas para nadar. No tuve miedo. Estiré los brazos y, tal como me enseñó papá en las playas de mi país, los sumergí en el agua: uno después del otro, primero el izquierdo y luego el derecho. Al mismo tiempo mantuve las piernas en línea recta, moviéndolas hacia arriba y ha-

cia abajo, sin doblar las rodillas.

No miré atrás, mantuve la vista fija en la arena que bordeaba la orilla de la playa. A lo lejos escuchaba los gritos de mujeres que nunca aprendieron a nadar. Por un momento pensé regresar y ayudarlas, pero no lo hice; no porque no quisiera, sino porque no podía. El tiempo avanzaba y necesitaba tocar tierra firme, no podía echar a perder los 30,000 pesos que papá invirtió en mi viaje. Recuerdo verlo llegar a nuestra casa con las manos cortadas y los pies hinchados a causa de las largas jornadas de trabajo.

“Todo sea por la nena, por sacarla de aquí”, decía mientras se recostaba en la única cama que teníamos y en la que dormíamos juntos él, mamá y yo. “No voy a descansar hasta verla sentadita en una de esas yolas azules que llevan a la gente al otro lado del mar”, insistía. Todavía me parece que escucho su voz ronca, decidida, firme. Mamá hablaba poco y nunca se interpuso en los planes que ya papá tenía para mí.

Más tarde, cuando aprendí la diferencia entre el dine-

ro de mi país y el que se utiliza aquí, valoré aún más su esfuerzo, pues entendí que la suma que él había conseguido equivalía a casi 700 dólares norteamericanos. Yo no podía defraudarlo, así que nadé; aun cuando me sentía sin fuerzas, nadé.

—Falta poco, Abigail. Falta poco —me repetía cada vez que lograba escupir el agua salada que se me colaba en la boca. Perdí el sentido de dirección y hasta tuve la sensación de que nadaba hacia las aguas profundas, pero mis brazos insistían en la línea de la tierra. Yo buscaba mi encuentro. Mi mundo nuevo. Mi sangre en otros espacios. Desconocidos. Posibles. Cercanos.

Besé la orilla a eso de las siete de la mañana. La hora la dijo uno de los pescadores encargados de socorrernos. No podía pararme. Tenía las piernas adormecidas, así que ellos me arrastraron hasta debajo de una palma.

Me quedé acostada boca abajo. El calor era intenso. Los rayos del sol matutino me penetraban la piel sin piedad. Sentía cómo las gotas saladas se me despegaban de la frente, me humedecían las pestañas e iban a parar en los mismos labios que comenzaban a saborear la arena de una tierra nueva, pero no desconocida, ni por mí ni por los que llegaron conmigo apretando nuestros cuerpos repletos de esperanzas.

Eso ocurrió hace siete años y medio. Llevo casi una década viviendo en Puerto Rico y todavía lo recuerdo como si acabara de suceder. Los primeros seis meses viví en el barrio Espinar de Aguada, una comunidad costera cercana a la playa por donde llegué a la isla. Un pescador de nombre Elías y su esposa Marta, me recibieron en su casa. Fui una especie de ‘empleada doméstica’ a cambio de comida

y techo. No estaba mal, aunque no era mi propósito. “Ya llegará mi momento”, pensaba cada noche al acostarme.

Un buen día, no terminaba yo el fregado de los trastes, cuando doña Marta me dijo que su hermana menor, Margarita, que recién llegaba de Nueva York, necesitaba a alguien que la ayudara a organizar la casa que había comprado en Toa Baja. Recogí mis pocas vestimentas y don Elías me llevó en su auto.

Yo pensaba que tan pronto terminara el trabajo, Margarita me pediría que volviera a Aguada, pues no restaba nada por hacer; pero no fue así. De algún modo, y con el compartir de los días y los meses, nos hicimos buenas amigas. Estuve con ella por tres años. Después, ella me ayudó a conseguir un empleo como mesera en un restaurante en el centro del pueblo. Margarita conocía al dueño y le explicó sobre mi condición de inmigrante. Él prometió silencio a cambio de que aceptara —por hora— dos dólares por debajo del mínimo establecido por el gobierno federal en Puerto Rico. Acepté.

Fue allí, en *La cocina de Mamá Lidia*, que conocí a Junior, un puertorriqueño de padres dominicanos. Quedé prendada de sus ojos oscuros y de su cabello ensortijado. Trabajaba en el colmado de la esquina y nos veíamos frecuentemente.

Junior tenía brazos y piernas fuertes. Alto, estilizado. Cada vez que lo tenía de frente dejaba a mi imaginación un pecho plano y bien formado. Era un hombre sencillo y de buenos modales. Tenía veintiséis años y vivía con unos padres que se habían encargado de enseñarle muy bien la cultura dominicana. Compartimos durante varios meses hasta que decidimos vivir juntos. Junior fue para mí la dis-

tracción a mis sacrificios. Casi todos los sábados salíamos a bailar. De todo: baladas, salsa, merengue, pero en particular ese fluir entre su cintura y la mía que me dejaba suspendida entre la caricia y la entrega sin reparos posibles. Objeté el nombre: bachata.

Lo nuestro marcaba senderos de cosa seria. Sentí que lo amaba. Sentí que él me amaba. Y lo decía todos a boca abierta. Casi al grito. Para que me oyeran. Sobre todo Margarita, que no dejaba de aconsejarme: “Aprovecha que ese muchacho puede darte la ciudadanía. Está bien que estés enamorada y toda la cosa, pero tienes que pensar en ti también”.

A mí no me importaba eso, Junior era el primer hombre que conseguía arrancarme sonrisas luego de que dejé de ver a mi papá. Nos casamos con palabras, nosotros mismos decidimos que éramos marido y esposa. Ambos pensábamos que, si las autoridades no me habían deportado en los tres años que llevaba en Puerto Rico, jamás lo harían. Fue por eso por lo que desistimos del matrimonio civil. Nos equivocamos.

Me mudé a Río Piedras con Junior. Allí alquilamos un apartamento en Santa Rita. Él consiguió trabajo en una cafetería y yo en una tienda de música en el Paseo de Diego. Me gustaba mi empleo. Era como una estancia de fiesta. Junior se encargaba de traerme el almuerzo. Yo de las caricias. Además, ganábamos el dinero suficiente para pagar la renta, la comida necesaria y compartir con los amigos dominicanos y los pocos puertorriqueños que todavía vivían en el área. Los domingos traían cierta calma por lo que aprovechábamos para caminar hasta las fiestas que hacían en los alrededores. Después de todo, era una vida

satisfactoria.

Llevábamos dos años juntos cuando me embarqué de Aurora del Mar. La nombré Aurora porque así se llamaba mi madre y del Mar porque me acordaba las playas de Macorís del Mar -en mi país ausente y a la vez presente-. Pensé que si mi hija llevaba ese nombre me sería imposible olvidarme de dónde salí. Puedo decir que éramos una familia feliz. Y hasta llegué a escuchar que algunas dominicanas me tenían envidia. Lo tenía todo: trabajo, buen hombre, buen techo, y Aurora del Mar crecía saludable.

Un lunes, 24 de abril -jamás olvidaré la fecha- me levanté más temprano de lo común. Salí de la cama a las 5:30 a.m. Le preparé café a Junior que entraba a trabajar a las 6:30, lo despedí con un beso y me volví a acostar. Al poco rato, volví a despertar. Sentí la necesidad de besar a Aurora del Mar. Fui hasta su cuarto y la vi dormir. Tenía los ojos tranquilos y la piel resplandeciente. La observé más hermosa que nunca. Me acerqué, quité el cabello de su cara y puse los labios sobre su frente. No completé el beso, me conformé con sentir de cerca la piel que le adornaba el rostro.

-Si tu abuelo te viera -dije en voz baja. Salí de la habitación, me serví una taza de café y me senté en el pequeño sofá en la sala. Cuando comencé a ojear el periódico del día anterior, oí que afuera me llamaban.

-¡Abigail, Abigail! -era la voz de Alicia, la vecina de atrás.

-Ya voy -grité mientras ponía la taza sobre la mesa de centro y salía de la casa.

-¡Date prisa que es importante!

Comenzó a preocuparme la insistencia de Alicia. Sola-

mente solía ser así los fines de semana antes de irnos a bailar, cuando conseguía alguien que cuidara de Aurora, mi Aurora del Mar.

–¡Te dije que voy, cálmate! –Y vi el periódico caer y desojarse, pero no tuve tiempo de recogerlo ante el mandato de Alicia.

–Apúrate, niña, apúrate...

–Más te vale que sea importante de verdad, Alicia. Mira que por poco me enredo con el periódico y hasta dejé el café para atenderte.

–Ay, Abigail.

–Anda mujer, ¡habla ya!

–Me acaba de llamar mi nene, tú sabes, el que trabaja en la ferretería. Me dijo que tres hombres todos vestidos igualitos le preguntaron por ti. Dijo que son policías, amiga, po-li-cías... –Y marcó despacio cada sílaba.

–¿Por mí?

–Sí, no mencionaron tu nombre, pero dijeron que buscaban a la mujer de Junior, el de la cafetería del Paseo.

–¿Ajá?

–Eso no es lo malo.

–¿Y entonces?

–Lo malo es que le preguntaron si ustedes estaban casados y el muy bruto dijo que no... ¡Ay, Abigail, amiga! – Alicia terminó la oración con un grito.

El corazón me dio un vuelco y me quedé en silencio por unos minutos. Alicia lloraba sentada en la acera con la cabeza entre las piernas

–Ve y busca a Junior, de seguro ya mismo vienen por mí.

Di la vuelta y me metí en la casa. Desperté a Aurora y

la abracé; la pegué a mi pecho y lloré. Pensé qué hacer, si salir de la casa y esconderme en algún lugar, pero no me dio tiempo. Los oficiales tocaron a mi puerta. Fortalecida, abrí. Primero preguntaron mi nombre completo.

–Abigail Berríos Guerra –contesté con la voz distintiva de alguien que se rehúsa a volver al pasado. Me preguntaron por los papeles que me confirmaban como ciudadana norteamericana o algún documento correspondiente a una visa para residir en Puerto Rico. Dije que no tenía nada de lo que me pedían. Se miraron entre ellos. El más alto de los tres se desprendió las esposas del cinturón.

–No es necesario, oficial. Solo le pido que espere a que llegue mi esposo. –Mi voz reafirmó la palabra ‘esposo’, aunque no legal como era necesario, pero insistí-. Mi amiga salió a buscarlo, a mi esposo. Vea que tengo una niña pequeña y no puedo dejarla sola.

Por un momento pensé que había logrado sensibilizar el corazón de los oficiales y que me darían la oportunidad de quedarme en la isla por la niña, pero me equivoqué.

–Esperaremos aquí hasta que llegue –dijo con voz firme aquel cuya placa leía Nazario. Entré. Puse a mi Aurora del Mar en el piso y me senté nuevamente en el sofá a mirar su caminar, que ya daba visos de seguridad.

Yo, contrario a mi niña, sentía que temblaba mi avance. No recuerdo bien el paso del tiempo. Era como si nadara otra vez buscando la orilla de mi encuentro. En eso pensaba. En mi vida en Puerto Rico. En Junior. En mis esperanzas frustradas. En mi hija.

Mi hija. Fue entonces cuando la vi caer, dar fuerte contra el piso. Y vi su sangre salir despacio de entre la comisura de sus labios. Sangre tierna. Limpia. Sangre de niña.

Con mis dedos le borré el hilo que bajaba rojo intenso y sin saber por qué, me puse a olfatear la respiración de mi niña que desconocía lo que estaba a punto de suceder. Fui la loba. Mi aullido el jadeo. Mi olfato la protesta. Su sangre mi sangre.

La puerta se abrió y Junior entró.

–¡Casémonos! –gritó a sabiendas de que era un absurdo.

–De nada sirve ahora.

Y levanté mi rostro. La sangre de mi hija en mis dedos acarició los brazos fuertes de mi Junior, tracé los contornos de su pecho y mis caricias lastimadas se perdieron entre aquellos rizos que fueron mi deleite. Sentí que amanecía. Otro absurdo. Aurora se abrazó a nosotros desde la mirada de niña pequeña que todo lo ve grande, enorme. La acerqué más a él que a mí, y la vi agarrarse a sus piernas sólidas que fueron las columnas de nuestra casa. Sabía que era el sostén. También yo. Aunque mis piernas temblaban.

–Intentémoslo –insistió en el remedio.

–No hay tiempo.

–Abigail, no te vayas.

–Cuida bien a Aurora del Mar, –le contesté–. Ya verás que voy a regresar.

Justo en el balcón me esperaban los tres oficiales. Me alejé de mi casa sentada en el asiento trasero de un auto oscuro. Los biombos sobre la capota marcaban leves tonos azules sobre el rostro de Junior que se secaba las lágrimas con la manga de la camisa. A su lado estaba Aurora, que movía su pequeña mano de lado a lado diciéndome adiós. Bajé el cristal del auto y le grité a Junior:

–Límpiale la carita a la nena. Mira que no sangre.

Tal vez él también sangraba. Pero él era un hombre fuerte. Ya buscaría una solución a mi arresto. Pasé la noche en una celda designada para inmigrantes junto a otras dos mujeres que, a diferencia de mí, fueron interceptadas por la policía cuando nadaban hacia la orilla. Eran jóvenes y hermosas, una se llamaba Amanda y la otra Gabriela. Ambas tenían diecinueve años y eran amigas desde la infancia. Consiguieron el dinero para costear el viaje luego de graduarse de escuela superior. Gabriela se dedicaba a limpiar casas y a recoger café junto a su madre. Amanda, convencida de que no había nacido para ensuciarse las manos, optó por prostituirse.

–Uno de mis mejores clientes se llamaba Pedro José y se dedicaba a organizar viajes. Una noche me habló sobre Puerto Rico. Me dijo que todo era muy fácil y que las mujeres bonitas tenían muchas oportunidades en el modelaje. Yo no estaba muy segura. Me habían dicho que era un mar peligroso

“Le pregunté si era seguro viajar en esas embarcaciones pequeñas y él, sin dudar, contestó que sí. Me llenó la cabeza de ideas, incluso me propuso entablar una relación seria cuando yo estuviera en la isla.

“¡Claro que no me interesaba tener nada serio con él! Pero tenía que aprovechar la oportunidad –aclaró Amanda–. Le conté a Gabriela y la convencí. Nunca pensé que terminaríamos aquí” –se lamentó la joven. Suspiré aliviada de que Aurora del Mar hubiese nacido en tierra puertorriqueña.

En la mañana, los guardias nos llevaron tostadas con mantequilla y una botella de agua para cada una. Varias horas después, recibí la visita de una mujer joven de nom-

bre Awilda Echevarría. Era la abogada designada por el consulado dominicano en Puerto Rico. Le conté mi historia y ella prometió ayudarme. Aseguró que debido a los años que llevaba viviendo en la isla y a que no se me imputaba conducta criminal: ni robo ni peleas ni queja alguna en mi contra, era casi seguro un visado por algún tiempo razonable. Era una ilusión posible.

Amanda y Gabriela fueron deportadas pocos días después, así que fue con la licenciada Echevarría con quien único tuve contacto las siguientes dos semanas.

Solo se me permitió hacer una llamada. Obviamente intenté comunicarme con Junior, pero él no contestó. Presumí que estaba muy ocupado con Aurora del Mar. A pesar de que lo extrañaba, no sentí tristeza por no poder hablarle. Al contrario, sentí tranquilidad porque de seguro mi hija estaba bien atendida.

El viernes que daba fin a mi segunda semana de encierro, la licenciada llegó a las diez de la mañana, puntualmente a la hora de visitas. Mostraba una leve sonrisa que presagiaba buenas noticias. Eso pensé. No bien nos sentábamos cuando me dijo:

–El gobierno federal aceptó darte una visa de residente provisional por los próximos seis meses.

–Y Junior –dije entre la afirmación y la pregunta. No me contestó. En cambio, continuó con sus palabras alentadoras:

–Esto nos da el tiempo suficiente para comenzar los trámites para que obtengas la ciudadanía –celebró, y me informó que mi amiga Alicia estaba afuera esperándome. Dijo que me veía en su oficina el día siguiente y que para estar segura de que no tendría más problemas, ella nos se

guiría hasta mi casa.

No hice más preguntas; en cambio, ella me preguntó si yo quería llamar a alguien. Dije que no. Quería darle la sorpresa a mi Junior, a mi Aurora del Mar, a mis vecinos dominicanos y puertorriqueños, a mi gente.

Mi corazón latía fuerte, pero impreciso. Sentí mi sangre a chorros por cada pedacito de mi cuerpo. Y quise correr como mujer salvaje. Inquieta. Hambrienta. Me impuse la calma y le pedí a la licenciada que ella me llevara en su auto. Detrás nos seguía Alicia. Marchábamos a la inversa. Y también mi sangre. En retroceso.

Cuando nos acercábamos, le dije que se detuviera dos calles antes. Necesitaba respirar y prepararme. Alicia se estacionó cerca. Llegó hasta nosotras. Hablamos. Poco. Les dije que prefería caminar lo que restaba hasta mi casa.

–Bien –dijo Alicia–. Mejor. El aire fresco sirve para calmar los nervios.

Junior y Aurora estaban sentados en el balcón; él en la mecedora que habíamos comprado juntos y ella en el suelo. Jugaba. Feliz, satisfecha de llegar a mi casa, me disponía a avanzar cuando del interior salió una mujer blanca de cabello rubio y ondulado. Intenté encontrar alguna familiaridad en su rostro, pero no pude: no la conocía. Solo me pareció haberme cruzado con ella en la cafetería en la que trabajaba mi Junior, pero no estaba segura de si eran ideas imaginadas o realmente la había visto antes.

Detuve el paso en seco, como un golpe, para enfocar aún más la mirada. La mujer besó el hombro desnudo y musculoso de Junior y se sentó sobre sus piernas. Él la abrazó y estiró los brazos para que Aurora se acercara. Mi hija, que lo miró con la inocencia típica de una niña de dos

años, se levantó y se sentó junto a ellos. Los cuatro años de relación cayeron al suelo junto con los pedazos de mi corazón.

La licenciada Awilda Echevarría no dijo nada, presumo que ya entendía lo que estaba pasando. Tal vez lo sabía desde antes ya que, aunque desde la primera entrevista le di todos mis datos, nunca me habló sobre Junior y mucho menos me presentó la opción de que me casara con él.

Junior no es mío. La sucesión fue inmediata. Mi mirada inquisitiva buscó las respuestas en los ojos llorosos de Alicia. Tampoco hubo contestación. Silencio. Entendí la sentencia de pueblo: "Un secreto a voces". Di la vuelta y, al lado de mi única amiga, nuestros pasos desanduvieron el trazo hasta los autos.

-La vida es un hilo de sangre -me dije bajito. Y pensé en mi Aurora del Mar. No permitiría que ella sufriera por nada, nunca, aunque en ese momento se me confundían los pensamientos. Mi Junior, que ya no era mi Junior, era una traición con derechos. Yo, un ser posible. Aun así, mi decisión una. Desandar. Nadar a la inversa. Encontrarme.

Al día siguiente firmé el documento en el que aceptaba, voluntariamente, regresar a la República Dominicana.

Estoy sentada en la penúltima fila del avión que me devuelve. A mi lado, en el próximo asiento, con las piernas juntas y las manos sobre los muslos, una oficial de inmigración espera el anuncio del despegue. No me incomoda su presencia, más bien la aprecio. No lo entiendo. Ahora no es importante.

Pienso en el mar que me vio de niña. Pienso en mi padre. Sé sumergirme, mover rítmicamente los brazos y las piernas. Nadar hacia una dirección y su contrario. Como mi sangre, que va y vuelve. Las olas significan el regreso a mi casa. También la vuelta a la tierra que me vio por siete años. Mi Aurora es la Luz. El Mar, la esperanza. Esta vez no seré yo quien deje el rastro de sangre.

Miguel A Yala

X

Llevo bajo la piel
el asomo de un verso
que reverdece
como un manojo de musgo.

Todo cuanto canta
conoce tu nombre
es un ardor del corazón
el eco de un asombro
que le nace del mar
como queriendo cuartear
el corpus
de un silencio largo...

Autorretrato

La silueta postrada en el recuadro
lleva la vivencia incrustada en la piel
del borde de los labios
le cuelga la palabra
sus lentes
descansan sobre dos zanjas
colmadas
por el susurro

de una tragicomedia en dos actos.

Sus ojos...
son dos guijarros cristalinos
cómplices de la avalancha de sueños
puebla su entrecejo.

La palabra vuela por el éter

La palabra vuela por el éter
como un animal sediento
quebrándole los huesos al silencio
consume los rieles
que conducen al olvido.

Cada sílaba tiene su código
el eco de su melodía
evade a los custodios del velo.

Ese titilar leve
que hoy cuaja el firmamento
es un gesto
que desbanca las bambalinas
que engendraron los cuervos,
es un hilo conductor
fraguado con amor por la vivencia,
posee una rara cualidad:
desconoce los subterfugios del silencio.

Desde el principio

*Dejaré correr mi pie
mi mano,
mis palabras*
Vicente Rodríguez Nietzsche

Desde el principio
palpitaba su pulso
como el colibrí que aletea
queriendo encontrar o encontrarse
en la curvatura de la amapola

El rojo naranja y el amarillo
cual soles del alba
se traban en los grises
que nos cuelgan del ánima
la vida se torna lucha toda
como nos enseñó Corretjer

La palabra es un camino
repleto de tareas
de rojos naranja,
yerba bruja, amapolas...

Brotes que germinan
de las manos
que supieron trocar
tonos grises
por versos de amor,
flores de caña y lucha

Un trozo de papel

Podría ser tanto un lienzo
como un lar yermo
donde escarbas
sin certeza
sin un cuándo
ni un porqué entre los dedos

Curtido por tus afanes
viertes la tinta
que converge
en los lindes
de todo cuanto pudo
y todo lo que debió ser.

Allí donde todo
lo que no es tinta
es ausencia.

XXIV

*Lo que amamos
no es más que una sombra.*
J.C.F. Hölderlin

Como la noche
en que mis pupilas
colgaban del ventanal
queriendo encontrar lluvia
en un mar de telarañas
un palpito impulsó mis manos

como si te presintieran
en un susurro del poema
que siempre nos acecha.
Como si la noche
quisiera alargase
hasta el tiempo
de los pretéritos imperfectos
se dibujó en el viaje de tus pestañas
y sobre el vuelco de mis párpados
con un asomo de ternura
cuarteando la jungla blanca
como suele suceder
cuando el éter exhala poesía.

También...
como suele suceder
en el reino de Tántalo
cuando el asombro se disipa
nos queda el ventanal, el ayuno
y el afán de los dedos
que se desviven
por cuajar mariposas
y trocar sombras por ternura.

Del vilo entre sus manos

a Heida

Es tan diferente
que no alcanzo a dar
con la costura que la aglutina

posee un signo entre piel y labios
que la diferencia de cualquier otra
sus manos las puebla
el *Aleph* de Borges, quizá el de Dios.

Irradian algo peculiar, un destello
tan humano y tierno
que aún no logro distinguir, si su haz
es una invitación o un sortilegio.

De fondo
está el largo trecho
del vilo entre sus manos
donde nace como de un farol
la luz de sus misterios
que llueven como tirabuzones
y me tientan
a retomar la travesía
que pospuse aquella noche
que el aire era de cuarzo
y me senté a contar
los nudos en mi ancla
hasta quedar dormido, profundamente
dormido y mustio, sin alfa,
evadiendo el omega.

Vierto mi pulso sobre tus ríos infinitos

Vierto mi pulso sobre tus ríos infinitos
que contemplan con ojos de cuervo
todos los intentos que saltan de mis manos
empeñadas en hilvanar sobre tu larga geografía
los goznes del tiempo
el signo que guarda el espacio
y la llave que desdobra la cerradura
del umbral de tu silencio.

Busco palabras en el margen
de la jungla que es tu vientre
custodio de una imagen certera, arcana, elusiva
que promete sanar el ardor
en mis dedos y me obliga
a invadir el profundo silencio
que anida entre las hendiduras de tu piel.

Si tú...
fueses mujer en vez de un trozo de papel
o una flor en vez de un tigre blanco.

Si yo...
fuese un gran prestidigitador de la palabra
tal vez, esta plática convulsa
sería de fuego, perfume y letras
o algo más que el pequeño desvarío
que ronda mi sien.

Entre tus manos

Entre tus manos
descansan estas letras
que son un rastro de tinta
de todo cuanto fue
y nunca pude descifrar.

Son ceniza en espiral
que nace a rienda suelta
entre mis dedos
incapaces de encontrar
o reconciliarse con la esperanza
que habita entre sus sílabas.

Y si en tu lectura
encuentras la llave o algún signo
entre sus surcos y cicatrices
que pueda ser útil en tu travesía
deja una marca indeleble
en la vereda a transitar.

Quizá, la próxima vez
que de mis manos nazcan redes
en vez de interrogantes
arrastran hasta la orilla
esa palabra
que a veces resulta
ser tan elusiva
como el umbral
donde nace
el signo que le acompaña.

El esqueleto de una rosa

La tarde se extingue
en el jardín descansa
el esqueleto de una rosa.

Mis dedos
deshojan el cuaderno
que ayer me prometió
los pétalos de un madrigal
y las espinas de un soneto.



Mónica Miguel Franco

Tres veces tres más amor

Sobre la cama estaba desnuda. Las sábanas arrugadas mostraban el colchón que vibraba en rosa mejicano. En diagonal una muñeca de porcelana desmadejada. Sus dedos sujetaban, sin resistencia apenas, un jirón de realidad. La habitación huele a nardo, y una vela chisporrotea mientras su llama se agota ya sin nada más que quemar.

Quieta, blanca y fría. Ella es de hielo. Agua. Nieve. Leche y nata.

Oscuro, duro y agitado. Él es carbón caliente. Barro. Brea. Sudor y grasa.

Ella oculta sus ojos tras los párpados, pero debe tenerlos verdes. Todas sus chicas tienen que tener los ojos verdes. Y debe tenerlos grandes. Enamorados solo de mirar.

Esas piernas perfectas. Piernas perfectas de mujer. De mujer fatal. Piernas que cualquier hombre se querría poner. Como se las estaba poniendo él. Una y otra vez. Una y otra vez.

Una y otra y otra vez.

Las manos quietas de ella contrastan con el febril movimiento de las de él. Las uñas pueras clavadas en la piel de sus costados. Los dedos crispados, marcando una piel que no se resiste.

Él está manchado de rojo. Ella está sucia de sangre.

Ella no puede decir nada. Tal vez no quiera decir nada. No comparte los estremecimientos de placer que agitan el cuerpo de él. Una vez más el cuerpo caliente se derrumba entre los miembros blancos y fríos.

De esa boca pálida no surge una palabra de amor o de odio.

No surge un gemido ni un suspiro. Ni un hálito, ni un aliento. En el dormitorio solo se escucha el lento siseo de una vela mientras agoniza.

Los ojos del hombre buscan mirar sus ojos. Sus ojos.

Unos ojos negros buscan unos ojos verdes. Y los ojos de agua se esconden tras los párpados cerrados. Unos pulgares embadurnados de sangre seca levantan a la fuerza esos párpados, dejando un par de borrones que, cuando los ojos verdes se cierran de nuevo, parecen dos pupilas rojas, inmóviles, mirando al techo.

Los ojos del hombre, surcados por venillas hinchadas, están amarillentos, como si toda la fiebre se hubiese quedado retenida en ellos.

La ventana de la habitación tiene las hojas abiertas de par en par.

Los ojos cerrados a cal y canto tienen dos pupilas desorbitadas mirando al vacío.

Él tiene el cuerpo manchado de líquidos mezclados.

Sangre, saliva, sudor.

Hace apenas dos horas. ¿Tan solo hace tres horas? Parece toda una vida. Él sólo quería ver sus ojos sin miedo. Sin asco. Él dio tres golpes en su puerta. Ella dio tres pasos hacia atrás. tres golpes. tres pasos. Y el miedo y el asco en esos ojos verdes. Un golpe. Un grito. Y el cuerpo de mujer se derrumba. Él la tomó.

La habitación olía a nardo y ella olía a miel.

Ella despertó en otra pesadilla. Gritó. Gritó y arañó. El escor-zor del rechazo duele más que las uñas en las mejillas.

Los carbones oscuros parpadean para aclarar los recuerdos. ¿Qué ocurrió? Él solo quería ver sus ojos. Y ahora sólo puede ver el brillo acerado que aparece y desaparece.

Que entra y sale tres veces en el cuerpo blanco.

Sangre que resbala y gotea. Un *pizzicato* vitando que resuena detrás de sus sienes sin misericordia.

Y esos ojos verdes se fueron cerrando despacio sin hacer caso a sus intentos por mantenerlos abiertos mientras sostenía los párpados con los pulgares manchados de sangre. Ahora la piel blanca de su rostro tiene dos manchas rojas sobre los párpados cerrados. Dos pupilas carmesíes que parecen mirarlo sin cansancio.

La rabia lo envolvió. La lujuria lo envolvió. Tres veces la tuvo. Tres veces la llamó. Tres veces se perdió.

Y ella no lo pudo saber. O quizás lo supo y quiso ignorarlo. Eso lo enfureció. Él sólo quería que ella lo mirara. Ahora ya solo queda la sangre goteando sobre el piso. Las lágrimas goteando sobre la piel de papel. El sudor goteando sobre los hombros negros.

Melodía triste.

Se levantó con esfuerzo sacudiendo la cabeza. El sonido líquido retumba en su cabeza como el martillo de un herrero sobre el hierro al rojo blanco. Plinc. Plinc. Plinc.

Ojos verdes. Ojos amarillos. Pupilas bermellón que miran sin ver, o que ven aunque no miren. Que lo miran. Que lo ven. Que traspasan su cansancio.

La recogió del suelo.

Sangre. Ojos verdes.

La puso en la cama.

Lágrimas. Ojos amarillos

La tapó con delicadeza. Esas manchas rojas lo acusan en silencio, lo siguen. Lo persiguen. Las gotas de sangre se espesan en una papilla viscosa en el suelo de madera blanca. Salpican al caer y forman patrones. Una constelación de estrellas diminutas y sangrientas. Enanas rojas. Muertas, densas y frías.

Sudor. Sudor y frío.

La ventana de la habitación está abierta. Ojo de cíclope que lo mira. Boca de monstruo que lo llama. Agujero negro que lo aspira. El cuarto huele a nardo. La sangre huele a cobre. Su cuerpo huele a brea. Nada huele a aire. No puede respirar. Se ahoga en flores, y en metal, y en sal.

El aire fresco lo llama desde el otro lado de la ventana. Las pupilas sangrientas lo empujan. El lago sanguinolento amplía despacio sus márgenes, se extiende hacia sus pies como si estuviera vivo, queriendo ahogarlo en sus coágulos.

De par en par.

Trece pisos. Por fin puede respirar sin esos ojos rojos que lo juzgan.

Los testigos dijeron haber escuchado una carcajada. Ella abrió los ojos.

Ninoska Peñaranda

Llamado antiguo

Desde la ventana esquiva de mi soledad
llámame por mi nombre antiguo
no dejes que me esfume del umbral de sus ojos:
donde la feria del mundo trafica y transa
horizontal mirada.

Arrearé remolinos a mi paso
esquivando fantasmas
llegaré a la esquina respirando argumentos
para una historia de cábala inconclusa
un aire géminis omitirá a los hipócritas
expulsando sus auras
ante ingrátidos pasos
en la doble neblina de sus ojos.

Emigraré lejos de mí,
no regresaré a mis brazos,
ellos danzarán solos
en definitiva, escena.

Tumultos

Una historia antigua se abre entre murmullos
anhela encontrar el recuerdo tapiado y escondido;
anhela lanzarse al abismo y en ese viaje oscuro
recordar el ayer enmarañado en tumultos.

La pared se desintegra en la mente
surge aquella casa ploma de ancianas puertas
de madera y roperos empotrados en olvido,
de claraboyas celosas donde habita un gato blanco
que canta como pájaro.

El cuerpo liviano obedece a la voz esclava;
traspasa imágenes absorbe el puente
cruza el tiempo de otros tiempos
que se hunden en un extraño lenguaje
quebrado.

Heme aquí perturbada, sedienta y curiosa;
anhelo la imagen a tientas volver a ella,
volver a casa donde mi madre espera,
traigo mis senos de piedra negra,
manos heladas con ayeres azumagados
intento acicalar una mirada oscura
la palabra se ahoga en mi sangre.

Una flauta de marfil avisa el nacimiento
de su voz.
Caen con sangre los vocablos antiguos

un mar inmenso de fonemas se avecina
cruzando las ideas en torrentes y venas
desnudando la memoria cenicienta y precaria
de aquellos sitios idos en mí
soterrados.

Cuando ayer no estaba el tiempo presente
atisbando mi cuerpo envuelto en Uranias
en vestido celeste y de cilicio,
con hojas de húmedo invierno
colgadas de un árbol dorado,
quizás era una niña china pintada en un jarrón
en casa de un emperador ciego y pobre
quizás era una abeja amarilla libando miel del norte
quizás un cirro en cielos de Japón.

Ahora
no sentiré envidia de aquellos caminos
no recorridos ni tropezados
ahora
estaré contenta en la rutina azul
adormeciendo ausencia en noche larga
cuando ella se enfrenta y cae prisionera
deambulando misterios.

Huye la magia de las palabras
las cosas existen en el instante
al ser nombradas regresan desde antes
ahí mismo en el espacio suelto soleadas
ocupando un lugar al ser pronunciadas
como ave asustada y empolvada

de mi sombra larga aparecida
de mi cuerpo liviano,
ahora leve
cuando no soy.

No me siento extranjera

No me siento extranjera
ni sola ni encarnada
ni triste en las calles
de mi mundo.

Ahora que el velo se ha corrido
mis ojos tienen luz
la soledad del mundo
ha quedado tras las sombras
mis manos palpan el nido
que me cobijó.

Ha vuelto un aliento
de tierra solemne
y con ella un llanto encerrado
en vasija de greda.

La muerte se aleja con un beso
al viento,
se olvida
y nos devuelve al torrente
en un cerrar de ojos.
Y la ansiedad fugitiva
muere en mi

ahora es regocijo sentir
tu aliento
cerca de mi pecho
de exulta gacela.

Pasadizo a cuestras...

Casa que llevo a cuesta en mi hombro
me duelen las porcelanas y libros antiguos
quedaron arrinconados quizás se perdieron
allá en la casa encintada en mi cintura
con mi tumulto dolorido en la espalda.

El pasadizo profundo en andaduras
las ventanas cerradas sin cerrojo ni pestillo;
donde abisales ojos miran enigmática madera
que deambula el tiempo en círculo y niebla
señalando humareda propicia
en plumizas paredes agrietadas en víspera
de lamentos con polvo adobe y paja
el desdeñado cobijo de tierra y junco
absorbe en procesión la carga del pasado.

El olvido abrasó sus recuerdos plomos
Con llanto anegado de dolorida madre.
Hoy desgrana un grito conjuro
heredado después de la siega.

¡Nadie refundará nada ;
ni en mil años más
lo susurró la Madre.

Un ojo mar saldrá al encuentro
sus puertas se esconderán
de un danzante viento
en dagas.

En tu vasija de Greda esconderé

Cogeré un puñado de tierra
tierra que es mía y de todos
buscaré un trozo de pan
en tu vasija de greda
y le diré al traicionero viento
que nada le debo
y que nada tengo
para que se lleve el vendaval.

Me esconderé de la niebla
del relámpago
y del hombre
que acecha.

Te esperaré escondida
alcanzando toda palabra
que huya
y en mi fuero oraré por ellos
arrodillada en lamento
descalza regaré con lágrimas
el desierto
por ellos
los sin hogar.

Comeré con cenizas el pan
el de la rutina
el pan cansado
el pan dolorido

y aprenderé a escuchar las voces
que mendigan
por alguna voz
sin cansancios
terrenos.

Señor, no me derribes ahora

Señor,
no me derribes ahora
que soy injusta y no tengo
entendimiento;
si lo haces, mi Señor
¿quién me abrirá la puerta?
¿quién me sostendrá
sin ti?

He abierto la ventana de mi augurio
se acerca la voz del presagio.
Preguntaré a la montaña
si tus pies han dejado huella
y cuando me contestes
escucharé el sonido aletargado
de mi voz
pues moras en mí.

Señor, no me derribes ahora
que soy injusta ante tu verdad
derríbame cuando haya escuchado
tu clamor
y el fulgor de tu luz
inunde mi sombra
en tierra herida
en que me dejaste caer.

Señor:
derríbame sólo cuando haya corrido
el velo,
cuando aún fresca en el rosal
yazga espinas.

Señor:
derríbame del sueño
aletargado y necio
en que me enviaste al nacer,
derríbame junto a tu fulgor
para realzar la llama
de mi sombra
y te siento tan cerca
tan lejos
tan tierra
en que el cielo estalló
bajo tus pies
para no derribarnos
en el ser.

¡No me derribes
ahora
¡Señor!

Los otros

Húmedo beso mudo
soterrando espacios
Infinitas fauces doblegan la memoria;
acechando vienen imágenes
de polvo y silencio:
el hombre muere
las uñas crecen en perpetuo nido
junto a los cirios encendidos
de sus ojos velados
rendidos de tanto arañar la urna
de tanto esperar que su sombra porfiada
regrese del otro lado ritual,
absorbiendo abismo y tiempo
al borde de un nuevo aposento
nuboso y de cavilante fuego
mientras se desliza vanamente
serpenteando en vano
hacia su insondable olla.

Son tantos los cadáveres perdidos
y en vigilia,
amortajando sus espadas de piedra y fuego
sobre las antiguas frentes de otros
hombres solos
que yacen en aposento de digna púrpura
solemnes hallados al fin
y no hollados
como ellos.

Sin nombre

Quiero dudar un instante
y para siempre
de tus callados ángulos
en que habita tu espacio - cuerpo.

Quiero dudar sólo una vez
y después nunca más
para que la sumisión
de nuestras manos
nos permita reír sin temores
y luego
no respirar
jugando a repatriar
la vida juntos
regresando al nidal
que tuvimos o no tuvimos
pero cerrando los ojos
libres del llanto
que tuvimos
sin saberlo
antes de conocernos
en el primer abrazo
que traíamos
sin nombre.

Isis Aquino

Viernes por la noche en el Asteroide 705Y

Shari caminó hacia la barra con su típica cadencia de *mujer fatal*. Un pie tras otro, en perfecto equilibrio. Sus ojos ambarinos brillaban reflejando la luna de espejos, como en las discotecas de antaño. Las tenues luces fluctuaban entre el violeta y el azul eléctrico en sinuosas órbitas al compás de la música *blues* que ambientaba el antro a un volumen que no interrumpía las pocas conversaciones que allí se sostenían. Un destello verdoso delineaba delgadas líneas donde las placas de aleación de aluminio no se unían completamente, dándole un toque sofisticado al breve vestido de hiperseda negra que casi tocaba el suelo, y dejaba entrever unas piernas hermosamente labradas a través de dos profundas aberturas a ambos lados de la falda.

Sus labios morados, perfectamente delineados, a penas se separaron cuando se inclinó sobre el mostrador para decir con voz casi jadeante, “dame un shot de tu mejor *colant*”. El barman esbozó una sonrisa casi imperceptible.

-¿Un día difícil en la oficina?- dijo él, al darle las espaldas para alcanzar el vaso de shot y llenarlo de una sustancia viscosa de brillante color.

-Dimitri, sabes bien que *no* trabajo en una oficina -respondió ella sin rencor.

Los ojos de Shari brillaron un poco más al ver el pre-

ciado líquido. Cuando iba a acercar la mano al vaso, Dimitri la detuvo con un gesto, señalando un letrero recién puesto tras la barra “*favor realizar el pago al recibir cada servicio. Atentamente, la administración.*” Las cejas de Shari se juntaron un poco, en un intento de fruncirse.

-La Corporación cada vez más tacaña y desconfiada.

-Hey, yo no hago las reglas, muñeca.

Shari retiró un poco la tela del vestido a nivel del hombro izquierdo, casi revelando la sensual redondez de su placa pectoral, y con ella, el código de barras. Dimitri intentó contener el deseo de mirar más de lo necesario, limitándose a escanear con el lector. *Si fueras de carne y hueso, ya tendríamos problemas con la ley de control poblacional, preciosa*, pensó lascivamente, recordando una novia que tuvo hacía muchos años, en las lejanías de un planeta llamado *Terra...* ¿o era “Tierra”? aquello no tenía importancia. El lector vibró ligeramente para indicar que había escaneado el código. Al ver el saldo disponible de la hermosa androide que tenía en frente, sus pupilas se dilataron como bajo el efecto de una poderosa droga. *¿Cómo, por qué, qué había hech...?*

-Mi trago, Dimitri.

La exigencia le había sacado de su asombro abruptamente. La sedosa melena roja de Shari se movió grácil-

mente cuando inclinó la cabeza con rapidez para ingerir el coolant de un sorbo antes de acodarse en la barra, dándole la espalda al aturdido humano para mirar alrededor: poco más de media docena de androides y como mucho, tres humanos ocupaban el local. La música era de corte romántico y una mujer joven, de no más de 50 años, bailaba despacio con uno de aquellos nuevos modelos BLAC475, probablemente su escolta. En el rostro se le veía esa expresión indefinible, una mezcla de satisfacción, orgullo y seguridad. Sabía de mujeres humanas que se casaban con sus escoltas androides. Y aquello no era lo mas extraño que sabía sobre las relaciones transontológicas.

-Shari...-dijo Dimitri después de carraspear un poco para llamar su atención. Ella no volteó completamente. Sabía que una mirada de soslayo era considerado *sensual/misteriosa/provocativa* y que eso era bueno al tratar con especímenes humanos del sexo masculino. Dimitri pasó sus dedos por el pelo castaño, y le sonrió tímidamente, en un gesto poco usual y por tanto no registrado en la base de datos de expresiones faciales humanas de Shari.

-Me preguntaba... ejem... no sé como decir esto y que no suene mal, así que simplemente... lo diré -él evitaba su mirada y sonreía torpemente, como un colegial enamorado. -¿Cuáles son... tus... eeehh... -bajaba la voz hasta llegar al un rasposo murmullo -tus especi... tu especificaciones anatómicas... y biomecánicas?

Shari, sin inmutarse, tardó 2/4 de segundo para accesar el archivo solicitado.

-Mi diseñador me ha dotado de todas las funcionalidades de un androide de última generación, con receptividad a constantes actualizaciones de software, piel sintética

real al tacto, incluyendo la mayoría de los depósitos adiposos deseables, curvas y atributos de una mujer biológica humana; esto incluye, aunque no se limita a: cavidad bucal, vaginal y anal lubricables bajo demanda, con capacidad de autohigienización y varios niveles de presión a fin de proveer al usuario de una experiencia sexual por encima del promedio de placer obtenido con cualquier otro modelo disponible en el mercado y/o una mujer biológicamente humana.

Dimitri quedó sin palabras por un instante, sin saber como continuar con su propuesta. Mientras decía y escogía las palabras precisas, su mente recorría de memoria el cuarto de atrás: la estrecha cama, siempre desarreglada, la caja de herramientas para las reparaciones menores, las pesas con las que se ejercitaba cada cierto tiempo... las pesas, de 10, 15 y 20 libras, le ayudaban en su terapia de adaptación atmosférica de aquel satélite colonizado por la Corporación, donde la gravedad artificial fallaba por momentos, cuando menos se lo esperaban sus habitantes; el reflector dañado le ayudaba con el aire de romántica decadencia y evitaba que se vieran las manchas de aceite sobre las paredes grises: aquello era suficiente. Seguía hablando y ya se sentía algo tonto tratando de seducir a una entidad no humana, por bien diseñada que estuviera, así que apresuró la clausura de su atropellado discurso.

...y a demás soy programador, así que te puedo hacer todas las mejoras de software que necesites sin que te cueste ni medio crédito. ¿Qué dices, muñeca?

-Preferiría que no me llames muñeca. Pero tu propuesta de intercambio sexual a cambio de mejoras de software y uno que otro shot ocasional me parece satisfactoria- a estas

alturas, ya se había volteado completamente y sus estilizados dedos hacían bucles con un mechón de pelo rojo y autorregulaba la iluminación de sus terminales oculares para demostrar coquetería. Sus labios perfectos se curvaron en una sonrisa maliciosa cuando dijo “vamos”. Dimitri pulsó una tecla debajo de la barra y activó el autoservicio, tampoco era que la operación fuese a llevar demasiado tiempo.

“Vamos”, repitió él. El lector de códigos de barra quedó flotando a la altura promedio de los potenciales clientes y la pantalla de recepción de ordenes se activó sobre la barra. Sonaba la canción “*Lonely Bed*” del terrícola Albert Cummings y Dimitri sintió que aquella podía ser la mejor noche de su vida.

Aquella maltrecha habitación nunca cambiaba. Esto se debía al simple hecho de que su habitante era demasiado holgazán como para limpiarla de vez en cuando. Olía a sudor rancio y desodorante en spray. Estaba exactamente como él la proyectó en su mente un poco antes: el camastro arrimado a la pared, la mesa de noche con sus mil cachivaches, la lámpara averiada en el muro opuesto que arrojaba una luz sucia sobre la estrechez de la estancia, la caja de herramientas, las pesas al lado del colchón. Todo estaba dispuesto como un escenario donde Dimitri haría de Don Juan en pocos minutos.

La ropa cayó en la esquina menos iluminada y se entregaron al acto definitivo. El sistema de regulación de fluidos de Shari funcionaba tan perfectamente, que su piel

empezó a destilar una humedad tibia que emulaba el sudor. Su piel... Dimitri estaba fascinado por su tersura y realismo, por sus pezones elásticos, su sabor a pan caliente, la blanda sensación de estremecimiento con cada una de sus embestidas. Su piel era perfecta, y su lengua, el sabor de su boca húmeda, penetrable, su boca y sus labios que se abrían a él como un milagro: el supremo logro del hedonismo y la bioingeniería.

La luz verdosa de su contorno se tornó malva sin que ella tuviera consciencia de ese capricho que el programador había insertado al azar. Los sensores de su cavidad pélvica le indicaron al sistema central que su amante se encontraba próximo al paroxismo del placer, y le acarició la espalda suavemente apretando un poco más el lúbrico abrazo con que lo enloquecía. Con un gemido incontenible, Dimitri se vertió en su interior, y cayendo sobre el cuerpo de ella, la besó como nunca había besado a mujer alguna. Y así, sin más preámbulo, asestó el primer golpe.

Aquellos ojos color ámbar se apagaron sin cerrarse. Él se retiró de su cuerpo, y para estar seguro, tomó la pesa de 10 libras y golpeó nuevamente su cabeza. Necesitaba extraer el módulo bancario del eje de conexiones ubicado en su columna cervical, bajo los circuitos que comunicaban el cuerpo con el procesador central.

Por un instante se odió a sí mismo, estaba destruyendo no sólo una máquina, sino también una obra de arte. Pero necesitaba el dinero, y cuando vio el saldo de aquella androide no aguantó más su destino de ser bartender en un antro de mala muerte, en la periferia de una satélite totalmente controlado por la Corporación, en un cuadrante olvidado de aquella galaxia casi pasada de moda, llamada

absurdamente Vía Láctea.

Tras varios golpes, la piel cedió. Experimentaba el estado febril de un hombre poseído por la codicia. Desnudo, cubierto de sudor, extasiado por su propia hazaña, se sentía primitivo y revigorizado. Volteó el cuerpo sin vida de la hermosa autómatas y se apresuró a bucear en aquel mar de cables coloreados y chips de silicio. Desesperaba.

-Vamos, vamos, Shari, ¿dónde está la gallina con los huevos de oro, eh? ¿dónde está la olla de oro al final del arcoíris, muñeca?

No obtuvo respuesta, ni indicio alguno que le alertara del crack con el que se partió su cuello cuando Shari, con sus sistemas nuevamente en línea, levantó sus hermosos brazos de diosa griega, y acabó con su existencia.

Preferiría que no me llames muñeca.

La metresa, el brujo y el chamán

Leer la mente de los policías, aparte de fatigarla, le repugnaba, así que dejó de hacerlo. Ilirya caminaba al compás de los centinelas que la conducían, las esposas estaban frías, le picaba una oreja, pero sabía que no era más que nerviosismo. Ya debería estar acostumbrada a estas reuniones imprevistas.

El pasillo estaba oscuro y olía ligeramente a detergente y sudor rancio. De vez en cuando, los policías dejaban que caminara delante de ellos para verle el culo y se hacían señas indecentes mientras la señalaban. Ella lo sabía, y ya no le incomodaba, lo que sí le fastidiaba era saber lo que ese par de idiotas pensaba sobre su afro color fucsia, ese afro

precioso al que tanto cuidado le prodigaba.

Tras el corto recorrido, estuvo ante a la puerta de la sala de interrogatorios. Esta vez habría otra persona, podía sentirlo. El policía a su izquierda abrió la puerta y le dijo que se sentara, luego se fue con su compañero por donde habían venido, dejándola sola en la habitación rectangular mal iluminada. Al otro lado del pasillo, en una sala idéntica, estaban Chago y Antony, también esposados, estoicamente sentados en silencio.

Esto es culpa mía, no debí ser tan grosera con el detective-pensó.

-Tranquila, manita -la voz consoladora de Chago sonó en su cabeza suavemente.-Sin pruebas no nos pueden detener por mucho tiempo, llegaremos a Baní por la mañana, tu verás.

El Inspector Arias entró en la sala acompañado de la Dra. Lugo, la única experta en física a sueldo de la Policía Científica. Esta vez no llevaba el medidor Geiger en la mano. Detrás de ellos, una mujer delgada y rubia, con ropa excesivamente holgada, hizo su entrada portando un folder marrón con algunos papeles dentro. Se sentaron al otro lado de la mesa, frente a Ilirya. La mujer rubia estaba disimuladamente ansiosa.

-Tiene derecho a un abogado, señorita Pérez -las palabras embotadas por el acento extranjero sonaron irreales, chistosas. La mujer rubia lo había dicho casi como un reproche.

-No lo necesito. -Contestó con calma, sin mirarla. -Ustedes ni siquiera saben decir de qué se me acusa, de qué acusan a mis amigos. ¿de brujería? Ser brujo no es un delito, en la Constitución se consagra la libertad de culto y en el código penal no hay una sola ley que hayamos que

brantado.

-A usted, Sra. Pérez Petrovna -dijo sentenciosamente Arias- se le acusa de enriquecimiento ilícito.

-Petrovna es patronímico, no apellido, y a demás, no existe forma lógica de probar sus argumento... ni los de la Dra. Lugo, por cierto.

La probabilística estaba en su contra, y los investigadores lo sabían, pero a pesar de que no hubiese forma de constatarlo, ¿quién iba a poner en duda que resultaba altamente sospechoso que tres desarrapados de Villangurria se hicieran millonarios repentinamente justamente el día en que el banco Morgan-Chase sufriera un hackeo que les dejó misteriosamente con varios millones de dólares de menos? Interpol no pasó esto por alto, por este motivo había asignado a Sarah Hodgins al caso. Poco importaba que los sospechosos nunca habían demostrado talento especial para las ciencias computacionales, o que de los tres, solo Ilirya poseyera una computadora, o que la capacidad de disco de la misma no la hiciera apta para hackear la señal de Quisqueya F.M, mucho menos el sistema de seguridad de un banco norteamericano. Ellos eran los sospechosos, los únicos.

-Lo que se sabe es que usted y sus dos amigos, son las únicas personas que aparentemente obtuvieron largas sumas de dinero al mismo tiempo que cierto banco las perdía.

-“Grandes” sumas de dinero.

-¿Esa es una confesión?

-Una corrección a su pobre intento de hablar castellano. Déjele eso a los que saben, ricitos de oro -dicho esto, se dirigió a la Lugo, como si la extranjera no estuviese pre-

sente.- Ya se les ha dicho que mis amigos y yo tenemos una fundación sin fin de lucro, obtenemos donaciones voluntarias y anónimas de la gente rica a la que ayudamos y eso es lo que nos permite ayudar a los pobre también y vivir decentemente. La gente necesita guía espiritual, Doctora. El dinero no es lo único en la vida. Comer para cagar (pardon my french) y trabajar para enfermarse el cuerpo mientras se desperdician las potencialidades del alma, no es la forma en que el ser humano debe existir en esta Tierra.

-¿Eso se lo dijo la Deidad, la Guía? -Alondra Lugo intentó no sonar como si reprimiera una carcajada de incredulidad.

Hasta cierto punto, le divertía la versión oficial de los “brujos”: una deidad primigenia, tan antigua que su nombre había sido borrado por los siglos, se les había aparecido y les había concedido un deseo a cada uno, a lo que se pusieron de acuerdo y cada uno pidió un deseo para los tres. Santiago “Chago”, el brujo por antonomasia, había pedido la habilidad de ayudar a los necesitados (un de descripción muy vaga, si le preguntaban), Ilirya, llamada “a Metresa”, había pedido sabiduría y conocimiento (parece que estaban al 2x1); y Antonio, alias “Antony” o “Cadenita” -el chamán- había pedido lo que les llevaba a la sala de interrogatorios: vulgar, sucio, necesario: dinero. Dinero líquido, contante y sonante, “dinero que los tres no pudieran gastar mientras vida tengan”, esas habían sido sus palabras.

Para Alondra Lugo, la situación se presentaba casi cómica, en tanto que cualquiera podía andar haciendo trucos callejeros como un cristo cualquiera: resucitar a los muer-

tos (así dijeron en San Juan, sin ningún tipo de evidencia física con la cual trabajar), sanar a los enfermos (la fe como efecto placebo en enfermedades psicosomáticas, el Psiquiatra Sánchez-Martínez había escrito sobre eso en el siglo XX), restaurar la fe en corazones cansados (como si hubiese un método de medición cuantitativo para ese tipo de cosas)... Nadie hubiese prestado atención a nada de eso, por fantástico que pudiera parecer. Pero cuando estos "trabajos" se hacen viajando en un jet privado, con ropa hecha a la medida (eso sí, nunca de diseñador o marcas caras) y pasando de vivir en Villangurria a tener una residencia en casi cada ciudad importante de América, Europa y África, era solo cuestión de tiempo antes de que alguien empezara a hacer preguntas incordiantes.

-Eso me lo dijo la voz de la conciencia Universal, Doctora. Usted que sabe de ciencias, dígame ¿Qué hay en ese inmenso espacio que separa un electrón del núcleo de un átomo, o la distancia entre protones y neutrones? ¿vacío? Mmm... ahí donde la gente de ciencia ve un vacío nosotros vemos un buen escondite para el alma. ¿No podría ser que el alma sea lo que le da cohesión a la realidad, en vez de esas cuatro tristes fuerzas a las que ustedes le prodigan su fe? Si esto es así, pues el alma puede alterar el conjunto de un sistema y los elementos que lo constituyen. Con fe se puede hacer uno millonario sin hacerle daño a nadie, Doctora. Al fin y al cabo, el dinero está hecho de átomos y moléculas, igual que usted y yo.

-Dama -interrumpió el Detective. - usted acaba de demostrar que no sabe nada de ciencia, así que no se me haga la lista, y responda a las preguntas: ¿Es cierto que la Fundación Metresa pagó al Estado alrededor de 200 millones

de pesos en impuestos el pasado año?

-Sí. La gente sería paga impuesto, si no, ¿cómo le pagarían a ustedes?

-¿De donde sale todo ese dinero?

-Eso ya se lo he respondido casi una docena de veces.

-De forma insatisfactoria, a demás.

-¿Tuvieron algo que ver usted y sus amigo es el atentado terrorista conocido como el Apagón de la Hispaniola, en vísperas de las elecciones presidenciales del año 2028?

-Esa es nueva, pero sí, la manipulación de la realidad a niveles subatómicos requiere una gran cantidad de energía, no sabíamos cuanta energía iba a necesitar la Diosa, y no creo que se pueda considerar un ataque terrorista si no fue nuestra intención, ¿no cree?

-¿Por qué el medidor Geiger se me dispara cuando estoy cerca de usted -interrumpió la Doctora, - ha estado expuesta a la radioactividad?

-Estar ante Su Divina Presencia tiene su precio, pero vale la pena .

Estás hablando demasiado, la voz de Chago retumbó en las paredes craneales de Ilirya. *Antony dice que la hija del Presidente de la Cofradía se va a morir si no llegamos pronto a la Vereda.*

-Okey - continuó Ilirya en voz alta, -agilicemos el proceso, les voy a responder preguntas a las que ustedes ni sabían que querían respuesta, y nos vemos luego. Comienzo: 1. La razón por la que Antony le pidió dinero a la Diosa es que su linaje chamánico es hereditario, más de ahí iba a ser demasiado para el pobre flaco.

»2. Señora Hodgins, Agente: No, su marido no le está siendo infiel, pero ese matrimonio no va a durar mucho si

usted sigue poniendo su trabajo antes de su familia. Usted sabe que quiere tener ese hijo, téngalo.

»3. Giovanny, la doctora Lugo no piensa que usted es un idiota, pero yo sí: Ella es una mujer joven, bonita, brillante y soltera, deje de negar que ya se había dado cuenta, invítela a salir, que la vida es una sola.

»Y 4. Alondra, mi querida doctora, nadie la va a juzgar si usted vuelve a la iglesia de vez en cuando, a pesar de ser una mujer de ciencia, justamente como usted lo sospecha cada vez que me ve, la materia que usted tanto ha estudiado no es lo único que existe en el universo, no se decirle cual religión es la verdadera, pero sí le puedo decir que el alma existe y usted tiene una.

»Chago, las esposas, la puerta, los policías que están afuera.

Los tres agentes de la ley se quedaron pasmados al oír el caudal de palabras pronunciadas presurosamente por aquella extraña mujer, en especial porque lo que había dicho se correspondía completamente con la realidad. El estupor les hizo ignorar el clic de los tres pares de esposas abriendo sincronizadamente en ambos cuartos, y cuando las puertas se abrieron, nadie se atrevió a detenerlos: los centinelas que aguardaban afuera dormitaban plácida-

mente y cada uno soñaba con sus más bellos recuerdos de infancia. Antes de atravesar el marco de la puerta, Ilirya se volvió a mirar al Detective Arias, quien se había quedado con los músculos tensos y la mirada fija, cual si aun estuviera indeciso entre ponerse de pie y arrestarla nuevamente o simplemente mirarla partir de forma impune.

»Detective, deje de ser tan testarudo y mañana, cuando lo manden a la protesta que habrá frente al Congreso, póngase el chaleco antibalas... y dele gracias a la veintiuna divisiones que Lugo también es médico. Tome toda precaución, que quiero comer de su pastel de bodas cuando se case con esta. Usted no se puede morir mañana.

-Hablas demasiado -le repitió Chago. -No sé por qué te cae tan bien el detective ese.

Ilirya no respondió, pero estaba segura de que era a la Diosa a quien le caía bien el Detective Arias.

La metresa, el brujo y el chamán se alejaron de allí calmadamente, el chofer aun los esperaba fuera, atormentado por la incertidumbre de lo que ocurriría. Sin pasarse del límite de velocidad, llegarían a la Vereda justo antes del inicio de la Sarandunga.

Esthela Calderón

Las manos que matan

La vida no es corta, sino que ausente.
Los que miran hacia las nubes la bautizaron de eterna
y los que fabrican mártires la igualaron con el plomo.
Atados de vida en vida, vive cada planta o animal.
Unos creyendo poco y otros menos y mucho menos,
hasta llegar a la nada que nos hemos inventado nosotros.

Es obligatorio que toda conciencia vaya unida al corazón
y que del corazón nazcan heridas
y dolores y amores y odios.
Pero no todo dolor guarda una herida,
porque hay heridas dolorosas
y dolores que no reconocen su herida.

Vamos bajando y subiendo tronos.
El dedo gordo es el títere pegado a la mano
que coloca en la cabeza los laureles o en el cuello la sangre.
Las manos aplauden y destruyen.
Son las manos las que jalen el gatillo,
encienden la motosierra, lanzan el arpón,
despiden a la ballesta y clavan el cuchillo.
Ellas, las misma que tocan y dicen adiós
y dejan caer los granos en la tierra.

He visto manos en teclados y cuerdas
debajo de faldas, corriendo zíper,
apretando pescuezos y sonando bofetadas.
El mayor trabajo es el de las manos.
Y de sus dueños tarde o temprano se vengan
mostrando las edades,
el tiempo,
la nada.

Un día cualquiera

Un día cualquiera llueve
y no se distinguir
el sonido de sus gotas.
Agua cayendo despacito silenciosa
deslizándose hasta el suelo.
Todo se fue pintado de blanco
con esa lluvia que no escucho.
He quedado sorda en su existencia.
Ella sin mí y yo sin ella
espejismo mutuo que en la noche se siente libre.
Abrazo la transparencia de lo que ha quedado afuera
y me la llevo a mi cama.
Acomodo la cabeza sobre el abismo de los sueños.
Por fin puedo retomar el ruido
y presto oído a voces.

Un Gallo está cantando misa de cuerpo presente
a los cuerpos inflamados que he visto desde mi infancia.
Hay penumbras en esta caída

voy girando y girando
en la memoria que no duerme.
Cruzo un campo de Albahaca
y desprendo muchas hojas
antes de postrarme ante la lápida abierta
que tiene inscrito mi nombre.

Abro los ojos y de vuelta al silencio de la lluvia.
Acomodo nuevamente mi cabeza
y espero a que llegue el primer abismo.
Ahora llegan risas, murmullos
desde rincones que no encuentro.
Una cortina de hilvanas uñas se abre,
y deja a la vista
la espalda diamantina de una Serpiente,
extendiendo mi mano, la rozo y se va.
Me disperso poco a poco
sobre la crin de un campo de Cebada
y traspaso las raíces de los granos.

El olor mineral hace que me recoja nuevamente
y empiece otro trecho de camino
debajo de toda la tristeza blanca y fría.
Cruzo un campo de Albahaca
y orgullosa no sé de qué
arranco muchas hojas
antes de postrarme ante la lápida abierta
que tiene inscrito mi nombre.
Me las restriego en la cara
y me lanzo contra la furia de mi corazón
que no quiere morir.

IV (Fragmento)

Una vez me lanzaron allá arriba
donde nacen los depredadores.
Yo era un cobarde porque maldecía ser Oruga
y tenía espanto de ser un Roble.
Me negaba a que me azotaran los vendavales.
Entonces fui un elegante y respetado ejemplar de saco y mocasines.
De posesión me dieron
una mujer convulsa y ninfómana,
dos hijos que se mutilaron las alas
para quedarse anclados en el sillón de la sala
como viejos barcos de piratas
sin doblón de oro en sus entrañas
y un hermano que se fue.
Mi trabajo era arrancar uñas, taladrar dientes y romper testículos.
Dios guiaba mi mano
¿Quién iba a negar el poder de Él?
Yo era lo que Dios quería que fuera,
eso dijo mí guía espiritual.
Era milagroso escuchar las confesiones
con sólo enseñarle una bolsa plástica o el sonido del taladro.
El sonido era como el ronroneo de un gato que precisa de cariño.
Y la bolsa, una capucha diáfana para medir el valor.
A veces los gritos me transmitían mucha fatiga,
pero nada era en vano, porque siempre había un nombre o un número
que me despertara misericordia.

Hablando con mis gusanos

Anoche hablé con los Gusanos
que se comerán mis ojos, mi lengua y mis orejas
un día de estos a lo mejor no tan lejano.
Por ahora mastican Amapolas y raíces de Guanábana,
matando el tiempo hasta la caída de mi cuerpo
acurrucado en su casa de Pino.
Ellos dicen que no me dolerá:
un leve cosquilleo en las uñas de mis pies
y alguno que otro escalofrío en las tripas
será el aviso de su minuciosa faena.
Me han prometido fundirme con la tierra,
deslizarme sobre los colores de las mariposas
y lloverme en rapadura dorada
sobre el techo del cuarto de mis libros.
Pasarán ardorosos sus bocas
hasta desprender la pulpa de mis manos,
huesos grises y blancos serán la fortuna
que dejaré entre las tablas.
En el cerebro derramado sobre el lienzo
de un poema perdurable
irán descifrando letra a letra
hasta llegar a los árboles, piedras y flores.
Me han dicho que regresaré
en la musical corteza de un ronco Espavel,
o en la encolochada siesta de los Chilamates.

El sueño con mis Gusanos
es lo más prudente que he podido escribir
sobre la vida.

La que hubiera sido

Si me hubieran dejado construir
cada parte de mi cuerpo,
habría elegido la fortaleza de los árboles.

Mis pies serían esculpidos en Laurel
y mis piernas fueran dos troncos sólidos
en madera de Pochote
para andar sin cansarme por llevar mi memoria a cuestas.

Mis caderas las moldearía
con el ritmo bronceado de Caoba.
Con ellas ahuyentaría la desgracia
en días y noches de indiferencia.

En cálida casulla donde crece el Cacao
convertiría mi vientre,
y par de fuertes Lianas mis brazos
para seguir fuera de mí, mucho más lejos,
agarrándome con manos de Guarumo.

Si me hubieran dejado construir
cada parte de mi cuerpo,
los colores variados de las plantas
y las frutas hubiera elegido.

Con el rojo del Malinche,
pintaría mis labios para el laberinto de batallas.
Me cubriría el cuerpo
con el color de los pecaminosos Nísperos.

Y dos semillas negras de Tamarindo
encenderían mis ojos.

El Guanacaste me regalaría dos orejas,
la Grosella una redonda nariz,
la Guaba almohaditas blancas para dientes.

Enredaderas de Catapanzas
con flores de Jalacate serían mi pelo,
y un dúo de pequeñas Mandarinas
alegremente cantarían en mi pecho.

Si me hubieran permitido construir mi corazón,
lo habría tallado con la carne de un Roble,
las flores de todos los Madreados en mayo,
una rebanada de obstinados Cactus,
la tolerancia insufrible de una Amapola
y la frialdad con que miran las Orquídeas.

Si me hubieran permitido construir
cada parte de mi cuerpo,
habría elegido el adormecedor aroma de las flores.

En la queja de los Madroños
y en el vía crucis de los Corozos se volvería mi lengua.
Mi boca tendría el aliento de las Brugmansias.
Entonces, moriría transparente y despierta,
añorando el paso lento de una estrella,
yo, ahora imaginando ser la que hubiera sido.

Manojo de Siempreviva mi cerebro
y alaste flor de Avispa mi sangre.

*La eternidad no depende del tiempo,
porque para ser feliz los calendarios se rompen.*

Muchos adultos cuando fueron niños
quisieron ser robustos abejorros.
Yo todavía quiero serlo, aunque no sobreviva
ni al primer invierno ni a la quemazón del sol.

Un abejorro divertido, de cuerpo velludo
adornado con rayas amarillas, anaranjadas o blancas.
Con las piernas bien largas y lengua seductora.

Vagar por los jardines
y poder dialogar con el refinado lenguaje de las flores.
Ser su celestino, su confidente,
con una buena paga de néctar.

Perseguir a unas cuantas obreras
y convencerlas de que me lleven a sus piezas.
A cambio ellas chuparían el polen pegado en mis.... patas.

Un abejorro, quiero ser un abejorro.
Un cantante entusiasta
sobre los campos olorosos de Lavanda
o un compilador de historias
de las perennes Mejoranas.

Un abejorrito con su casita de barro.
El pacifista de toda mi familia,
sin la necesidad de un aguijón que me defienda.

Detector de las malvadas arañas
que se agazapan y corrompen a los capullos.
Pasearme por las avenidas primaverales
donde desfilan las pequeñas mariquitas.

Volar hasta donde mis pequeñas alas aguanten.
Y vivir...vivir la eternidad
en treinta y dos semanas.



Daniel Rivera Peña

La decepción de un alma novata

Llevaba veinticuatro horas tratando de darle vida al cuerpo de su exdueño. No entendía que, unos segundos después del accidente, su labor en ese cuerpo había terminado. El alma acompañó al cuerpo mientras lo subían a la ambulancia para llevarlo al hospital y, tras la certificación de la muerte, continuó con él. Prepararon los restos del hombre en la funeraria, expusieron el cuerpo para el velorio, y el alma seguía adentro.

Como suele suceder en estos casos, un grupo de almas se enteró de la obstinación de aquella compañera novata, y apareció para convencerla de la inutilidad de su obsesión mientras iban camino al cementerio. Las almas amigas llegaron hasta la puerta y no pasaron de allí. Según las reglas del sindicato, una vez en el camposanto un alma no tenía por qué seguir a un cuerpo, estaba prohibido que se le acercara o que buscara introducirse en su interior. “El camposanto es para los cuerpos, no para las almas”, era el lema hacía muchísimo tiempo.

Preocupadas por la situación, las almas amigas le enviaron un mensaje a otra compañera muy anciana y venerable, quien tardó casi tres días en aparecer. Fue ella la que se atrevió a entrar en el cementerio, violando los mencionados estatutos. Una vez ubicó la sepultura, bajó unos seis o siete pies de profundidad hasta llegar donde se encon-

traba la empecinada alma joven. La anciana le preguntó el por qué de su proceder, a lo cual la joven respondió que esa temprana muerte no era el plan que había previsto para aquel hombre que sólo tenía cuarenta y cuatro años al fallecer. Por eso hacía tantos esfuerzos para que abriera los ojos, moviera las manos o sonriera.

—¿No sientes la peste? —inquirió el alma venerable para acortar el discurso y salir de allí lo antes posible.

—Soportar es parte de mi sacrificio.

Otros quince minutos fueron necesarios para que el alma novata entendiera que estaban bajo tierra, que aquel cuerpo no había hecho movimiento alguno en más de cuarenta y ocho horas, y que no volvería a moverse. “Convénrete, es inútil”, le dijo la anciana por última vez.

Sólo entonces el alma novata se aflojó y, muy compungida, dejó de esforzarse. Al fin, el alma anciana le hizo subir a la superficie. Cuando vio que se detenía unos segundos frente al sepulcro, la atrajo suavemente hacia sí y la condujo a la salida del cementerio.

Al llegar a la entrada, se encontraron con las otras colegas, que se habían quedado a la expectativa. Luego de pasar los portones el alma antigua le dijo a la novicia: “Ya tendrás la oportunidad de vivir otra vez en un cuerpo durante muchos años. Sé paciente. A veces hay que esperar cientos o miles de años para estar a gusto y hacer un buen

trabajo. Nos sobra el tiempo”.

Cuando escuchó lo anterior, el alma joven perdió la compostura y empezó a sollozar, mientras decía: “Era un cuerpo excelente, el de una muy buena persona”. Calló y se la llevaron. Iba decepcionada y triste.

La exhibición de *La bañera*

El lunes, víspera de la inauguración de la más reciente obra de Michel Fonteé, en realidad Miguel Fuentes, el artista terminaba la instalación de *La bañera* en la sala que le había reservado el Museo de Nuevas Artes. Lo que se proponía el artista era rememorar el tipo de bañera y cuarto de baño que él visitaba todos los días hasta que llegó el momento de dejar la casa familiar. El director del museo le permitió dejar todo listo siempre y cuando su trabajo estuviera finalizado antes de que concluyera el día. Era política de la institución que nadie permaneciera adentro una vez el jefe saliera de allí.

La obra de arte consistía en un cuarto de baño con su lavabo, botiquín, inodoro, y una bañera con ducha y cortina. El toque personal de Fonteé, que no habría sido del agrado de la madre de haberlo visto, era que en la cortina lucía una leve mancha, y otra en la bañera. El espejo del botiquín también requería limpieza. De esa manera recordaba el artista el baño de su casa. Aunque su madre, su hermana y él mismo se encargaban de limpiarlo por turnos, el tráfico semanal era tan frecuente que no era posible mantenerlo reluciente cada día. Fonteé quiso resaltar ese

detalle en su exhibición; mostrar ese momento de la semana en que era notoria cierta suciedad sin que llegara a verse como una total falta de higiene. Fonteé dejó listo su trabajo y, como había prometido, terminó antes de que el director acabara en la oficina. Después ambos fueron a cenar a un restaurante cercano.

El museo abría las puertas al público a las diez de la mañana. El personal de mantenimiento llegaba a las siete para dejar todo el museo inmaculado para los primeros visitantes.

Cuando Michel Fonteé apareció por el museo para mezclarse entre los asistentes se llevó tremenda sorpresa al ver su baño enteramente limpio, pues una señora de la limpieza, muy orgullosa de serlo, se esmeró en quitarle las impurezas. Hasta olía a pino.

El terremoto

Desde que su madre contrajo segundas nupcias, Edna, la única hija de Verónica, se sintió desplazada. Marcos, el nuevo esposo, ya contaba con tres hijos a los que les daba mayor atención. Por su parte, Verónica deseaba ganarse a los hijos de su marido, de veras quería tener una buena relación con él. De este modo Ednita, de once años, se veía algo abandonada de un lado y otro.

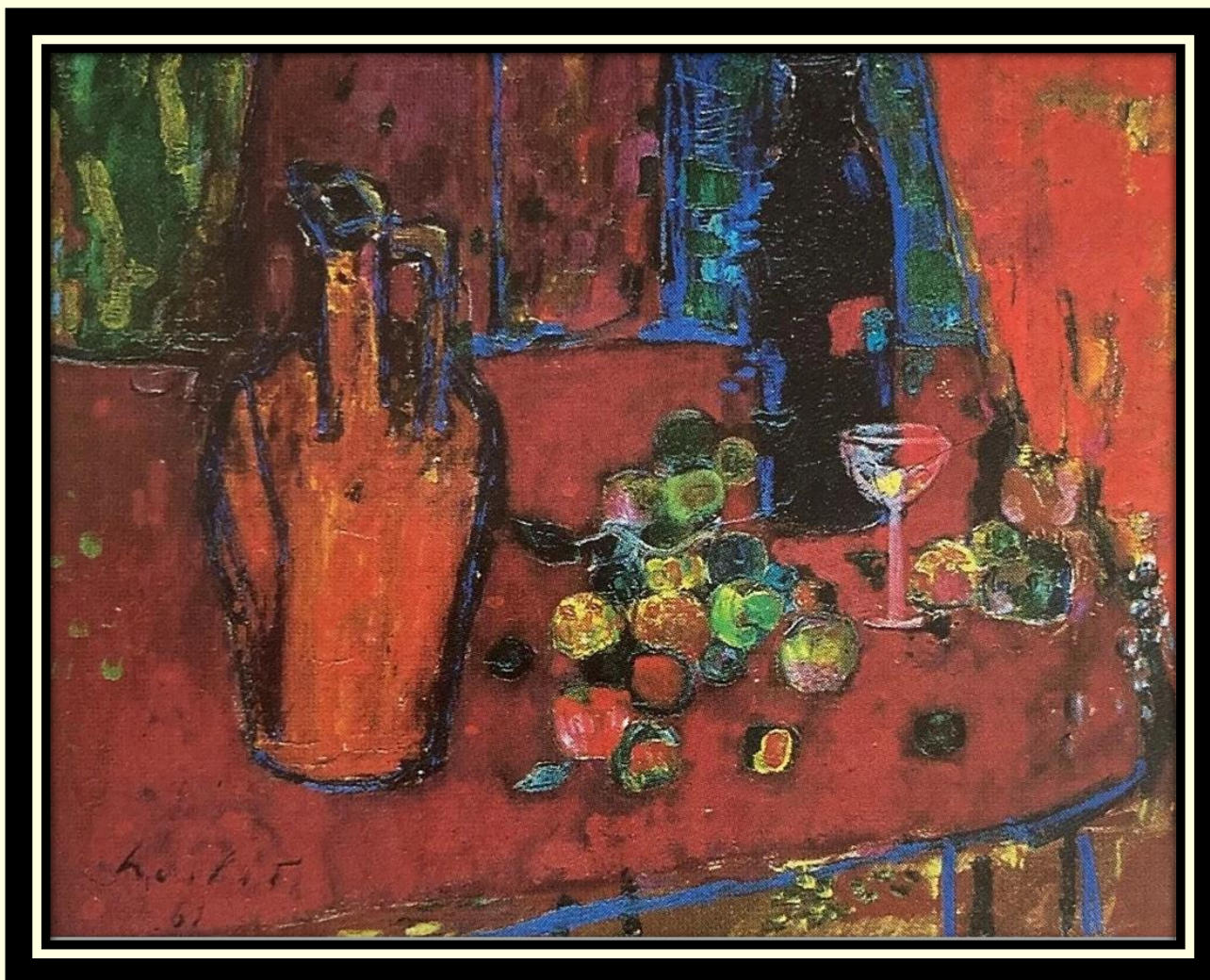
Una tarde nublada que anunciaba un otoño no muy lejano, comenzó a sentirse un rumor, que pronto se convirtió en un zarandeo de la tierra que hizo tambalear los mismí

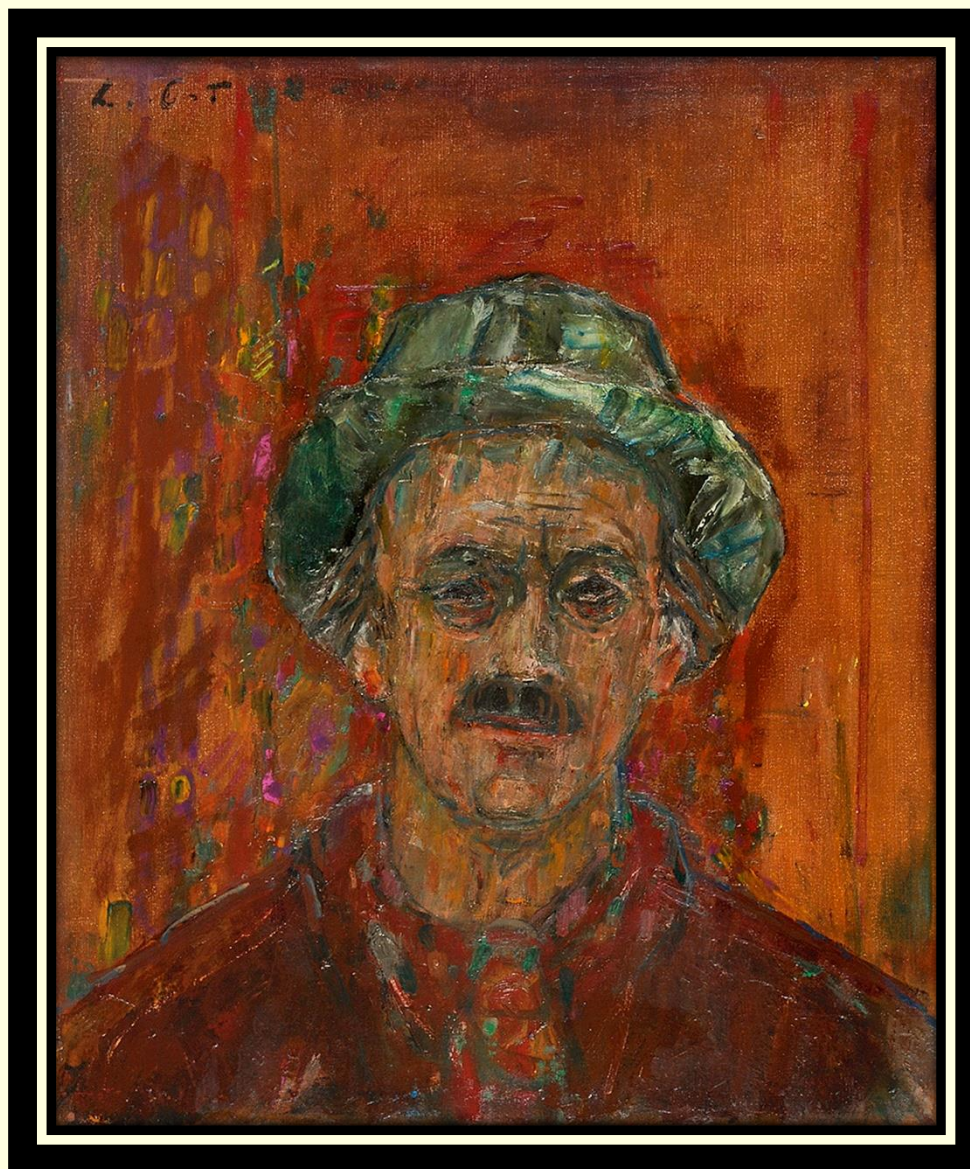
simos cimientos de la casa. Edna, que estaba en su dormitorio poniéndose los zapatos, oyó cómo el resto de la familia le gritaba que saliera, todos iban salir al jardín. Se puso el segundo zapato tan pronto como pudo para verlos por la ventana alejándose de la casa. No la esperaron. Ante

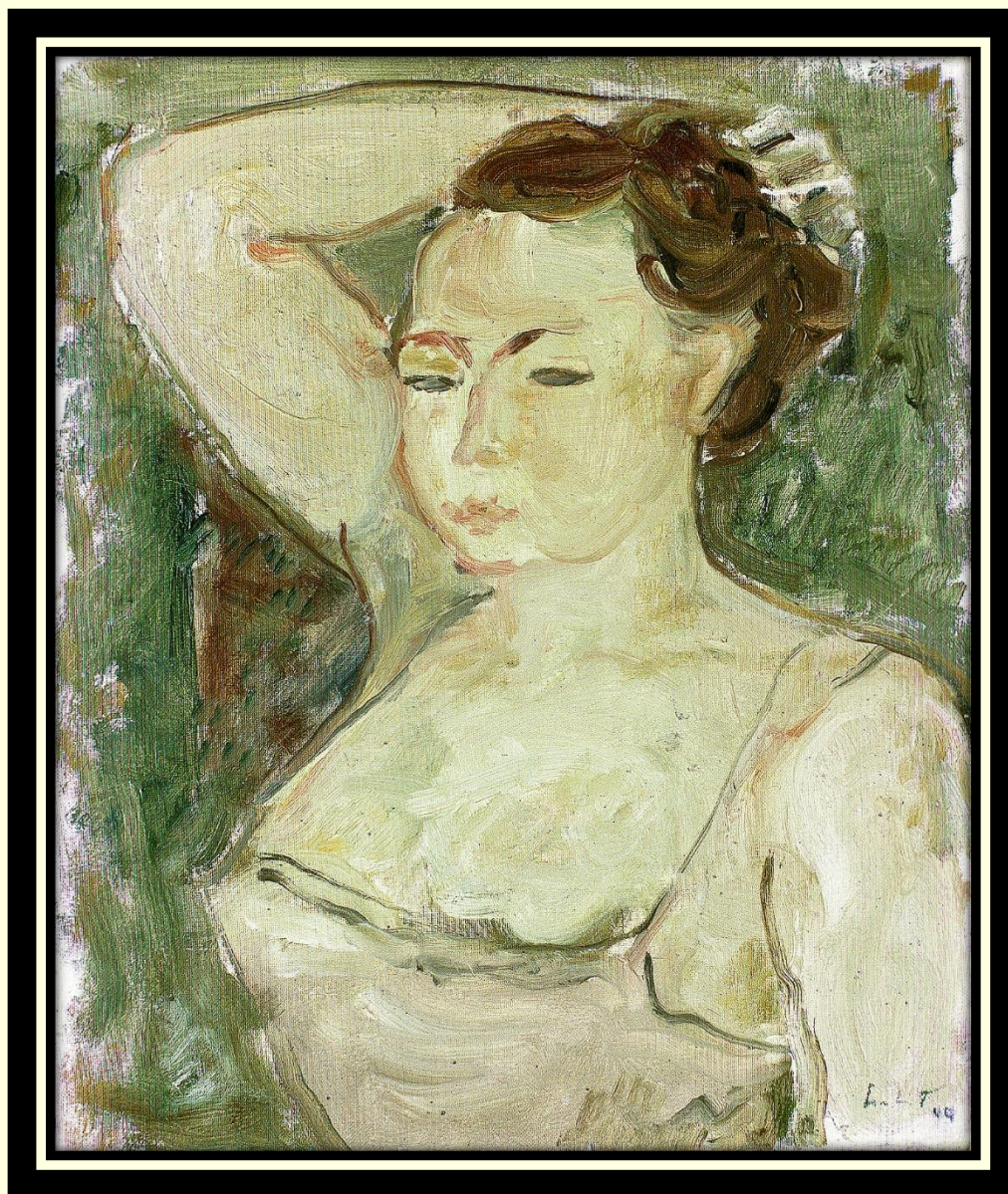
esto ella, que tenía una mano en la perilla de la puerta para salir de su cuarto y, por supuesto de la casa, quitó la mano de la puerta, se acostó en su cama y deseó que el terremoto lo enterrara todo, casa y familia, o por lo menos, a ella.



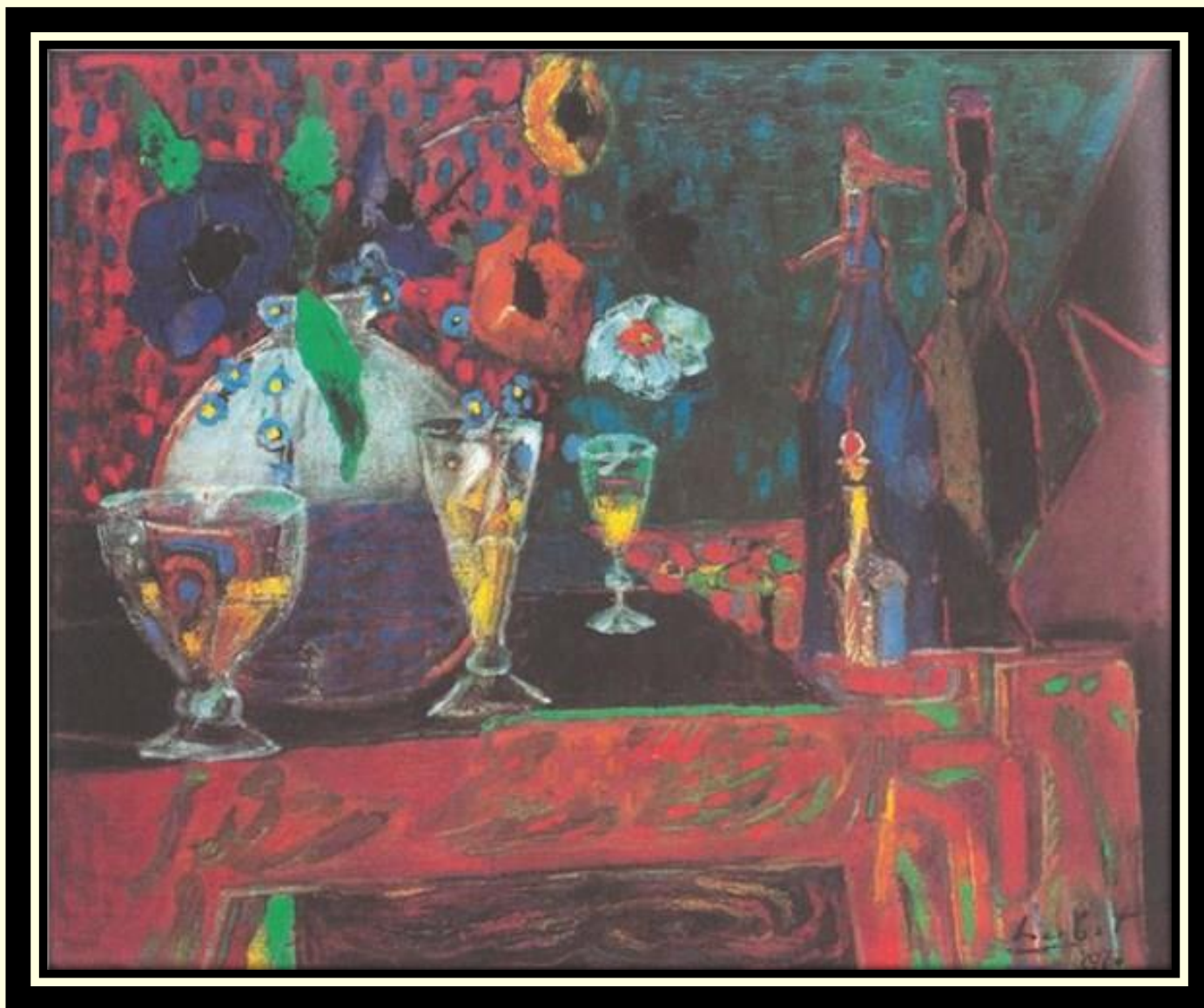
Adolf Herbst

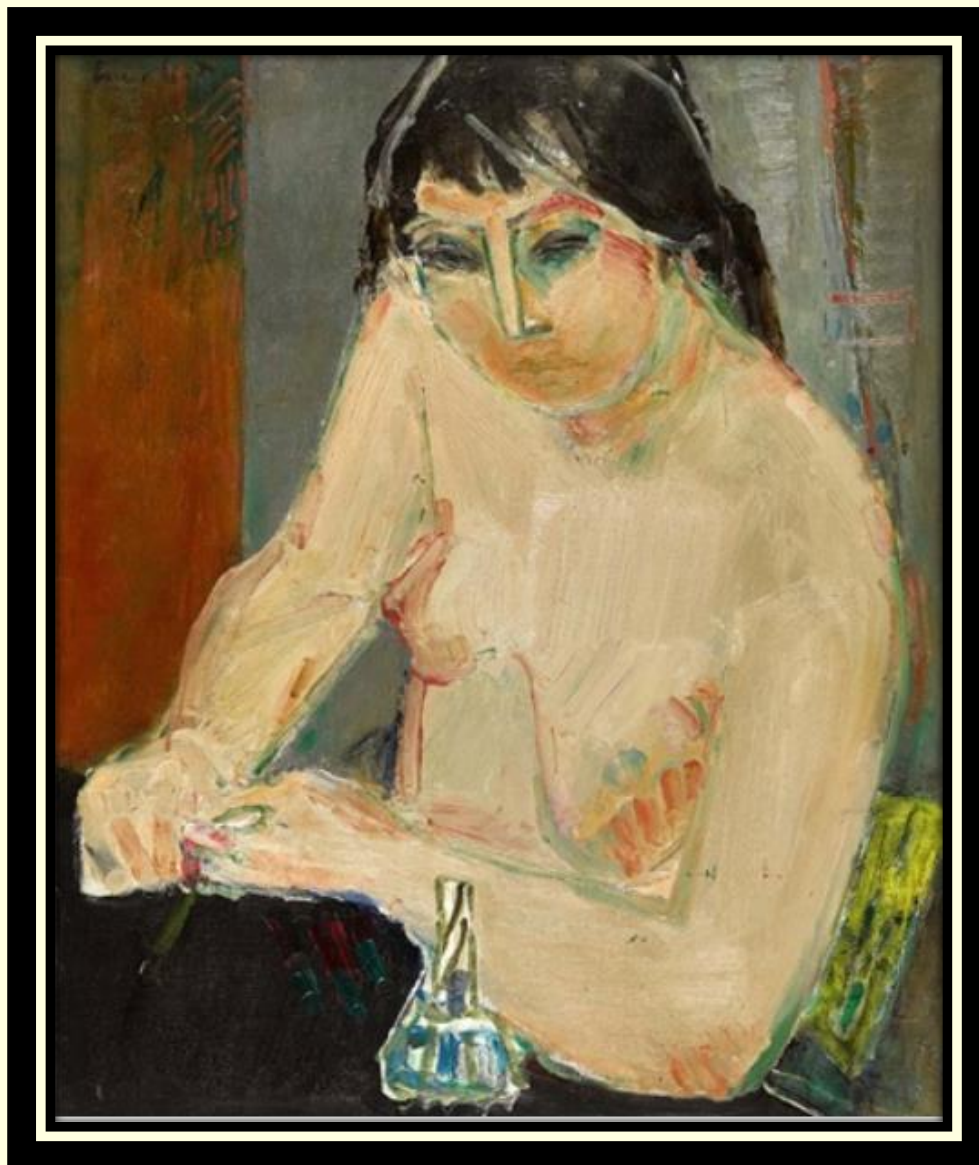


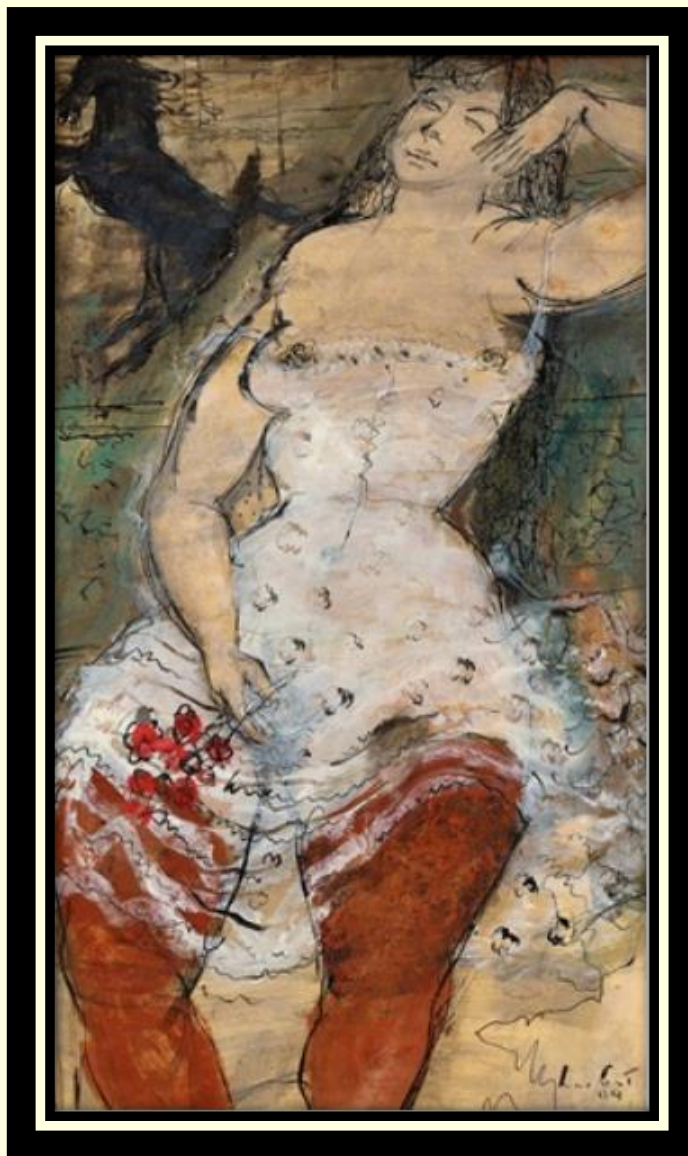






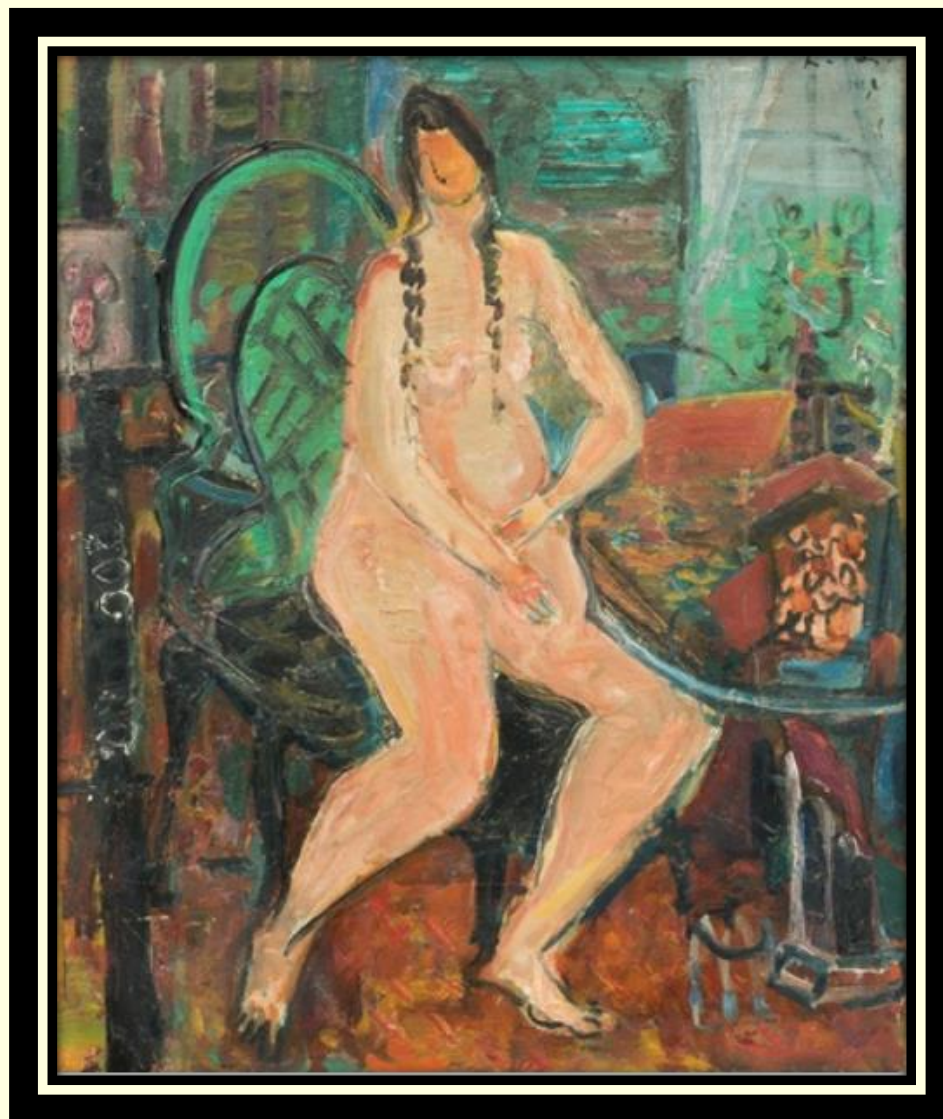












[Grafemas para caníbales]



Thereza Christina Rocque da Motta

(Traducción al castellano por Leo Lobos)

Afuera de los días

Para Leila Oli, in memoriam

Afuera de los días
resurgiremos en la cabeza del mañana
apuntando una indecible madeja
que se desenrolla
más allá de todo paisaje
por detrás de los ojos cerrados de ayer y los párpados del futuro.
Di
lo que no fue dicho hasta ahora
por falta de tiempo.
Deposita
los secretos en la urna funeraria de siempre.
Allí quedarán, además de toda la memoria.
Las palabras no dichas
verbos ásperos sobre la piel
silencios antes de dormir.
Hice
por todos lo que hice por ti.
La vida no termina
aún cuando terminamos.
Permaneceremos en alguna lengua
que repetirá nuestras palabras.

Alumbramiento

No fue este el silencio que se hizo después de la batalla de Salamina.
Los navíos vinieron de lejos y remaron desde más allá de Chipre.
No fueron estos los hombres que cruzaron la tierra árida,
que buscaron alimento donde había piedras.
El horizonte se movió y se hundieron los barcos.
Nadaron hasta el istmo y se dispersaron.
Las ubres de aceite y vino descendieron hasta el fondo del mar.
Las aguas que Poseidon derramó sobre la tierra.
Ahora los monstruos se levantan con un sólo ojo en la cabeza.
Los dioses fueron sus adoradores.
Regresarán algunos a casa.
No fue esta la cena que esperamos para los guerreros, la noche llena de estrellas cubre la tierra abandonada.
Recibí en el ágora a los que regresaron.

Fado

Renacer, esta cualidad de cada día,
restablecer la vida donde ella está.

Tú, extendida sobre la cama del tiempo,
te levantas, nuevamente, a la espera.

El más desvía la mirada para lo que está a su alrededor.

Sé que cumples un destino que a ningún otro fue heredado.

Este es el fado de la poesía:
Tenlo mientras vivas

Augur

Por fin Narciso vence las aguas
celebrada imagen de su ingenuidad

lirio expuesto a la superficie
semblante natural de la vista fija de los días

mirar manso y diurno
ceño frágil y casto

fluidez de su tiempo augur:
pudieras devolver el aliento

que sobre tu rostro
suspira.

Serifos

*Las puertas nos roban secretos.
Las estatuas nos miran con una observación milenaria.*

Los cuadros retienen imagenes
de los lugares donde paso los días.
Estas telas recubren la aridez de los ladrillos,
almohadas cilíndricas y cabeceras blancas,
flores bordadas en relieve
– geometría imposible
de visiones que se suceden.
Las casas posan sobre la montaña,
a la orilla de un camino

de curvas repetidas.
Un jarro se apoya en la pared
– una ventana a la derecha,
una puerta a la izquierda.
Torres por sobre los techos
persisten en un largo murmullo
sin aristas.

Nosotros los múltiples

Y te llaman pecado
Jorge de Lima

I

Ciudad levantada sobre piedra
rostro semilunar y salvaje
negación del misterio.
La mirada me llama al centro del universo:
habitación de felinos
envueltos en celofán.
Cincuenta años de soledad
incrustados en monotonía y perífrasis verbal.
Anillos de jade restituyen el poder
a los brujos anteriores a la Edad Media.
Retumban las catedrales de la ciudad a la orilla del mar,
sacrílegas y adormecidas.
Tu culto es hemisférico y platónico.
Tu alma ha sido tocada por la oscuridad.

II

Voz escuchada dentro de la noche venida de cualquier parte por encima de las nubes.
Plumas de ave disfrazadas en las ramas.

Sintonia de imagenes y palabras, carencias de olfato y vibraciones saciadas repentinamente
bajo la mirada del sol.

Perfume anestésico guiando mis sentidos. Redescubro un instante, mi hambre enmudecida.
Tenemos tiempo. Tenemos todo el tiempo que precisamos. Nos tenemos el uno al otro. Tenemos el placer enjaulado en nuestra mente. Libres, nos retorremos en el espacio inoculado.
Prefiero más el día de hoy que el de dos años atrás. Me prefiero más a mí hoy que a la que fui hace dos años atrás. El resto es veneno. El futuro será persistente.

III

El grito es delirio.
Percibo que tenemos más
de lo que jamás imaginamos.
Nuestros cuerpos transitan la trayectoria de lo imposible.
Nuestros sentidos están embebidos en té de camomilla.
Locura pasional.
Cuerpo poseído por infinitas garras
salidas del abismo.
Hoguera hechizando
un poema que no termina.

Afroditá

Redibujo
el sopló fácil y diurno:
días antiguos y alargados
en tu forma, hoy, soy amada
-¿por qué soy amada? - y soy tan difusa
como la retina de tus ojos.
Mi sueño, poeta, es mi destino,
pecado mortal, pecado carnal, pecado ninguno.

La cortesana

Por él fui
la viña
que sirvió
las gotas rojas sobre
la piel.
Fui la acompañante
y la dama,
la cortesana sabía
de otro tiempo.
Fui la entretenición
y la anfitriona
que te llevó a pasear
y a comer granadas.
Me recosté para que él se deleitase,
dormí sin esperar volver a verlo.
Puse mi mano sobre su cabeza,
yo, la impura.

De él fui la ama
y la sirviente,
la pitonisa y la desaparecida.
¿Y qué será de él, ahora que partió?
Será el trazo de una letra,
la lengua que no conozco,
la fábula encarnada,
la sed, la falta,
la luz de otro amanecer.
Los días serán tristes, porque él se fue.
La sombra que no camina más,
la voz que se mezcla a los murmullos de los ríos,
niebla en vez de rostro,
y yo, que de él fui la escogida,
dejaré que se enfríen las carnes,
que se sequen los capullos de seda,
los frutos en las cestas,
y el horizonte quedé extendido,
como las sábanas
de mi lecho vacío.

IX

De Heloísa a Abelardo

Nublados días de nuestras andanzas,
¿Quién por amor no sufrió?
Del amor, recogemos las amargas horas
que nos impone el sacrificio.
Recosté mi ternura y de ella bebiste la hiel.
¿Cómo pedirte qué renuncies a ti mismo?

Yo no quise ésto.
No quise que te humillaras.
No quise que perdieras tu gloria.
No quise que negaras a Dios.
Si el amor por mí te destruye,
a él, por amor, yo renunciaría,
pues hay más amor en no tenerte
que tenerte solo por mi amor.

(Camisa) 12
Los Goles

Nada me enseñó más en la vida, que el hecho, de haber sido arquero.
Albert Camus

En el fútbol, todo se convierte en icono:
Pelé y su puñetazo en el aire,
Rivelino y su patada atómica,
Zico y su técnica impecable.
Gérson, Sócrates, Félix,
Carlos Alberto, Ronaldinho.

¿Para qué más ídolos,
si sus pies son de barro?
Aún así, ellos arrasan.
La emoción de los partidos,
la espera sin fin.

Solo sé que Romário
hace todos los goles
que quiere.

Y el Vasco queda feliz.
¡Feliz por eso!

La gloria solo sirve
para quien también
sabe perderla.

Ni todos los días
del mundo
nos dan el instante
de felicidad
de un gol.

MEJOR

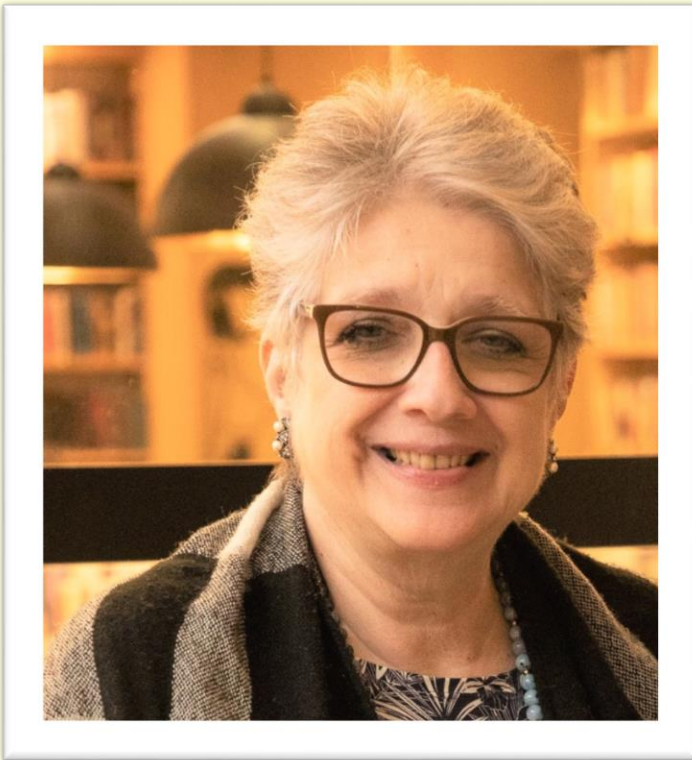
Descienden los pies al andar de las horas,
latiendo en silencio bajo el marco de las puertas,
paso, silvestre, paisaje, de antaño.
El pasado cierra las ventanas del ayer.
Toda la vida es un hilo apunto de cortarse,
y así mismo no se parte,
aguardando su momento.
En nuestra memoria están todas las cosas
presentes, pasadas y futuras,
sin que podamos verlas.
Se abren las cortinas de la pieza,
¿y qué es lo que vemos?
Comoda, armario, cama, cuadros,
libros y ropas tiradas,
en una mezcla imposible de rastros.
La luz contorna los objetos y todos estan allí,
esperando ser tocados,

observando el pasar de los días,
la sombra y la luz,
la noche y la luna
para lanzarse sobre la cara de las personas.
Trabajamos incesantemente
para la urgencia que creamos.
El amor se convierte en una elección,
y todo se acomoda bajo el cielo
de las circunstancias.
Optamos por
no ser,
no hacer,
no decir,
no pensar.
Mejor no.
No en el lugar del sí.
Mejor.

15

Digo adiós al mundo todos los días.
No es verdad que no piense en la muerte.
Pienso siempre en la muerte,
Porque está entre las páginas del libro que cierro,
En los dobleces de las sabanas dónde me acuesto,
En los restos de comida sobre el plato.
Todo muere a cada día y resurge glorioso
como una luciérnaga, una mariposa, un escarabajo.
Permanecer en el tiempo que permanece, sin ser sacudida por nada.
Me despido de la luz cómo sino la viese más,

Me despido de los sonidos que se aquietan,
Me despido de las formas que cesan de existir.
Me despido de los templos y las iglesias
donde guardamos las imágenes de los santos
que descansan allí eternamente.
Me despido de los horizontes siempre claros,
cuyas montañas a la distancia se estiran al mirar.
Seré la última hermana de las palabras para dejarlas ir.
El mar baña el contorno de la tierra, cercandola de su existencia fluvial.
Los cuerpos chocan contra su omnipresencia bondadosa.
Digo adiós al paisaje por ser mío,
y a todas las cosas dichas y no dichas
que permanecerán encendidas cómo hacés de luz en el despeñadero.
Somos los hermanos de las palabras,
Porque las inventamos para los poemas que osamos escribir.
Todo lo que se dice hoy se borrará.
La palabra elegida es un poema.



Thereza Christina Rocque da Motta nació en São Paulo, en 1957. Poeta, editora, traductora, licenciada en Derecho por la Universidad Mackenzie en 1981. Jefa de investigación para el *Libro Guinness, el Libro de los Récords*, en 1993. En 2000, participó del II Encuentro de Escritores, en Rosario, Argentina y en la Conferencia sobre Asuntos Mundiales, en la Universidad de Colorado, Boulder, Estados Unidos en 2002, 2003 y 2005. Miembro de la Academia Brasileira de Poesía, el PEN Club do Brasil y la Academia de Artes, Ciencias y Letras de Brasil. Jurado de traducción del Premio Jabuti en 2018. Ha publicado más de 20 libros de poesía, que forman parte de *Poesía Reunida: 40 años*, lanzado en 2020. Fundó la Ibis Libris Editora en 2000. Publicó los libros *Joio & trigo* (1982), *Areal* (1995), *Sabbath* (1998), de forma independiente y, de Ibis Libris, *Alba* (2001), *Chiaroscuro: Poems in the Dark* (2002), *Lilases* (2003), *Ríos* (2003), *Marco Polo y la Princesa Azul* (2008), *El amor más puro de Abelardo y Heloisa* (2009), *Fútbol y nada más: Un equipo de poemas* (2010), *La Vida de los Libros* (crónicas, 2010), *Ulises & El libro de Pandora* (2012), *Breve anunciación* (2013), *Las lirás de Marília* (2013), *Capitu* (2014), *Folias y Horizontes* (2014), *Lecciones del sábado* (crónicas, 2015), *Intemperancias* (2016), *Mi mano contiene palabras que no escribo y Pandora* (2017), *El amor es un tiempo salvaje*, *Lecciones del sábado 2*

y *La Vida de los Libros Vol. 2* (2018), *Poesía Reunida: 40 años* (2020), *Tenlo mientras vivas* (2021) y *Sheherazade: Nuevas Leyendas de 1001 Noches y Tres Ya Conocidas* (2022), además de haber participado en varias antologías, entre ellas *Poemas cariocas* 2000 y 2012 y *Ponte de Versos* 2004 y 2008.

Leo Lobos nació en Chile. Poeta, ensayista, traductor, artista visual y gestor cultural. Laureado UNESCO Aschberg de Literatura 2002. Sus fotografías, ensayos, dibujos y poemas han sido publicados en revistas y antologías en países como Argentina, Perú, Brasil, Cuba, Estados Unidos, México, Túnez, España, Portugal, Francia, Italia y Alemania. Ha colaborado en varios números de la revista *Letras Salvajes* con arte y textos poéticos.

Alberto Martínez-Márquez













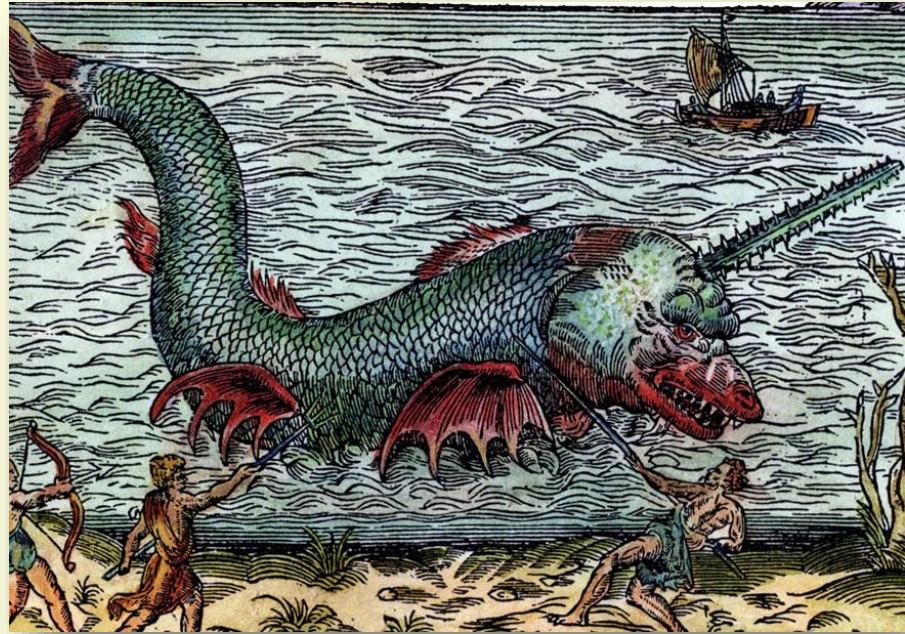








[Bestiarium]



Abbas Attar

Irán. Fotógrafo. Más conocido por su monónimo Abbas. Fue un afamado fotoperiodista en Biafra, Vietnam y Sudáfrica, en los años de 1970. Documentó la revolución iraní de finales de los setenta y comienzo de los ochenta. Formó parte de la agencia Magnum. Falleció en Francia den 2018.

Aline Doniz

México. Poeta, socióloga y bailarina, autora del poemario *La pureza de la luz* (2021). Realizó estudios de licenciatura en Sociología Política en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Asimismo, ha participado en diversos proyectos literarios, como en la lectura de su producción poética en la presentación “Los nuevos aeroplanos” (2017) en el Museo de la Casa del Poeta Ramón López Velarde; en la FIL (Palacio de Minería, 2018); en el encuentro de jóvenes poetas en el Museo del Estanquillo (2018) y en la lectura bilingüe (español-francés) de la obra de Christophe Manon, entre otros.

José Parés

Puerto Rico. Bailarín, coreógrafo, maestro de ballet y narrador. Debutó con el Ballet de Alicia Alonso en 1951, compañía con la que permaneció hasta 1956, cuando fundó el Teatro de Danza José Parés en Puerto Rico, una compañía privada que mantuvo hasta 1959. Desde este último año hasta 1970 trabajó como bailarín, maestro de ballet y coreógrafo del Ballet Nacional de Cuba. En 1971 marchó a Bruselas como maestro de ballet de la Escuela Mudra y del Ballet du XXe Siècle de Maurice Béjart. Residió en Venezuela. Publicó un único volumen de cuentos titulado *De mis monstruos y otras quimeras* (1992).

Isbel Hernández

Cuba. Poeta y editoria. Licenciada en Comunicación Social. Tiene publicado el libro de poesía *Luz, deleite cometido* (2015). En espera de publicación están los poemarios: *Noche de Páramos*, por la editora de Cultura viva comunitaria de Santiago de Chile, y *Denarios*, en México. Obtuvo la Beca Nacional de creación Literaria Sigifredo Álvarez Conesa 2011. El premio a la excelencia literaria en el Campeonato mundial de poesía de Rumanía, 2022. Obtuvo el premio colateral de creación creativa Taller de creación Libre, Escribanía Dollz y Cartas de amor 2023. Ha participado en ferias internacionales del libro de Cuba. Ha publicado en varias revistas de prestigio literario como Crear en Salamanca, y en diversas antologías. Miembro fundador del taller La estrella en Germen dirigido por el reconocido poeta Sergio García Zamora.

Ana Loreanne Colón

Puerto Rico. Sus primeras historias nacieron en la adolescencia mientras trabajaba en una librería familiar. Siempre amante de los sueños y de la buena lectura. Un alma libre. Una vida redimida por la escritura. Cree firmemente en la justicia, en el arte y en la paz. Posee un bachillerato en Artes de las Comunicaciones y una maestría en Creación Literaria con especialidad en Narrativa. Está certificada por la Universidad Europea de Madrid como Correctora Profesional. Obtuvo medalla de oro en la categoría *Mejor colección de cuentos en español* del Latino Book Awards con su libro *Sangre mía*. Actualmente es profesora de Español, correctora de estilo y editora. Ofrece talleres de Escritura Creativa y es estudiante doctoral en el programa de Estudios Culturales de la Universidad Ana G. Méndez. En mayo 2020 fundó Acento - Agencia de Corrección.

Miguel Ayala

Puerto Rico. Poeta y dramaturgo. Ha publicado los poemarios *Cien Razones para Amar* (2003) y *Retazos* (2022). Fue miembro de la Junta de Directores del Festival Internacional de poesía en Puerto Rico. También formó parte de la Junta Editora de la *Revista Guajana*. Además, colaboró con la junta directiva del PEN Club de Puerto Rico y con la Junta Editora de la *Revista Cayey* de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Cayey. También ha colaborado en varias ocasiones con el Festival Grito de Mujer de Puerto Rico. Su obra *Año 2027* obtuvo el Primer Premio de Dramaturgia en el certamen del Departamento de Humanidades de la UPR en Río Piedras (2013). En ese mismo año (2013) obtuvo el Primer Premio de Poesía en el certamen literario del del Departamento de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Mónica Miguel Franco

España. Poeta, narradora y actriz. Reside en Panamá desde el año 1997. Autora de los poemarios *De la piel del Diablo* (2012), *20 poemas de desamor y una canción alcoholizada* (2014) y *Ferox Lux Luz Ferox* (2021). Ha sido antologada tanto en libros de poesía como de cuentos en distintas publicaciones en Panamá y en el extranjero. Sus poemas han sido traducidos al italiano y al inglés. Socia de NONIA Editores y fundadora del Festival Panamá Negro. Ha actuado en cerca de 25 obras de teatro desde el año 2007, entre las cuales destacan los monólogos sobre Balboa y el Conde Drácula.

Ninoska Peñaranda

Chile. Poeta, narradora y promotora cultural. Realizó estudios de pedagogía en Lenguaje en la Universidad de Tarapacá y también estudio derecho en la Universidad Arturo Prat en Iquique. Vivió cinco años en Estados Unidos y dos años en Japón. En su continua búsqueda de proyectos existenciales, ha conocido América y casi todos sus países. En la actualidad reside hace 29 años en la ciudad de Iquique. Ha publicado *Poemata Nubila* (2010), *Tellus Tierra* (2012), *Aposentos del Humano Fuego* (2014) y *Tamarugo Alma del Desierto* (2018). Algunos de los premios recibidos son: Primer lugar en Concurso de la I. Municipalidad de Arica (1973), en el nonagésimo noveno aniversario del Combate Naval de Iquique, con su “Carta de un niño chileno al Capitán Arturo Prat”; en Primer Festival de la Poesía Adolescente de la I. Municipalidad de Arica. (Segundo lugar). En 1979 crea ejecuta y dirige el programa de Radio Nacional de Chile “Panorama Educativo”; en 1980 obtiene el tercer lugar en el Concurso Poético del Centenario de la ciudad de Arica.

Isis Aquino

República Dominicana. Escritora, gestora cultural, traductora y slammer. Sus poemas aparecen en varias antologías nacionales e internacionales. Es autora de los poemarios *Quod Scripsi* (2011) y *Balas Perdidas* (2014), y la novela *En la Cuerda Floja* (2016). En 2020 publicó el libro *Relatos de la Tierra y sus Colonias*, abriéndose paso en el mundo de la ciencia-ficción. En 2022, representó al República Dominicana en la Copa “América” de poetry slam, en Río de Janeiro y calificó para la Copa Mundial, a celebrarse en la misma ciudad. Su poemario más reciente, *Desandar el Abismo*, fue publicado por Editorial Pulpo en Puerto Rico en abril de este año.

Esthela Calderon

Nicaragua. Poeta y artista visual. Sus libros recientes incluyen la antología de su poesía seleccionada en *Los huesos de mi abuelo / The Bones of My Grandfather* (2018) y *Colmena de papel / Paper Beehive* (2022), ambas en formato bilingüe y publicadas por Ediciones Amargord de España. Su poesía ha sido incluida también en las antologías: *Ayahuasca Reader*, *El consumo de lo que somos: muestra de poesía ecológica hispánica contemporánea*, *Ghost Fishing: An Eco-Justice Poetry Anthology*, *The Latin American Eco-Cultural Reader* y *The Mind of Plants: Narratives of Vegetal Intelligence*.

Daniel Rivera Pena

Puerto Rico. Nacido en Texas (USA) y criado en Humacao (Puerto Rico). Completó una maestría en español en Stony Brook (SUNY) y luego un doctorado en The Graduate School and University Center (CUNY). Algunos de sus cuentos o minicuentos se han publicado en *Inti*, *Revista de Literatura Hispánica* (Rhode Island), *Torre de Papel* (Iowa), *Ventana abierta* (California), periódico *El Nuevo Día* (Puerto Rico) y *Letras Salvajes* (Puerto Rico). Sus áreas de investigación se centran en la narrativa histórica y la minificción. Actualmente enseña español en centros universitarios de Nueva York.

Adolf Herbst

Suiza. Pintor. Después de un aprendizaje como dibujante, Herbst estudió en el departamento de arquitectura de la Eidgenössische Technische Hochschule (ETH) en Zurich. En 1935 se dedicó a la pintura. En 1936 se hizo cargo del estudio en París de manos de Fritz Glarner. En 1938, 1939 y 1942, Adolf Herbst recibió las subvenciones federales. En 1947 conoció a René Auberjonois y Georges Rouault. En 1948 se instaló en Zúrich y se mudó a su estudio en Neumarkt. Desde 1951 fue amigo de Varlin, quien también lo retrató. En 1974 fue galardonado con el Premio de Arte y Cultura de la Ciudad de Lucerna. Adolf Herbst murió en Zúrich en 1983. Según su biógrafo, Hans Robert Hahnloser, Adolf Herbst es considerado uno de los pintores suizos más importantes de este género desde la década de 1940 hasta la de 1970. En consecuencia, creó obras válidas, especialmente en el campo de los desnudos, las naturalezas muertas y el retrato.

Alberto Martínez-Márquez

Algún lugar del mundo. Dicen que en su casa lo conocen. Por alguna razón, encontró un espacio en esta revista.

